**Alcanzar**

**el**

**Sol**

 *Julio César asesorado por sus astrónomos proporcionó al Imperio Romano un calendario uniforme.*

*Se basaba en el año egipcio de 365 días y un cuarto, y agregó un día extra cada cuatro años (bisiesto) con el fin de “alcanzar al sol”*

Alicia Flores

**Libro de Cuentos**

**Enero *Ianuaris***

 *Numa Pompilio mandó edificar el templo de Jano, al pie del monte Argileto y a este dios consagró el primer mes, representándolo con dos caras: una miraba a Oriente y otra a Occidente, simbolizando los ciclos y mutaciones que transcurren en unl año.*

**Una ciudad cartesiana**

 Tacho la fecha en el calendario: 6 de enero 2018. El doctor dijo que lo haga del diario. ¿Qué tengo pendiente?, ¡ah sí!, hacer ejercicio pues el sobrepeso causa fatiga, y la fatiga inactividad y ¿qué más? ... ya se me olvidó.

 En verdad no creo bajar mucho, pero bueno, la lucha le haré. Me pongo pants y tenis. Eso de hacer ejercicio en gimnasio o caminadora no va conmigo. A mí me gustan los espacios abiertos. Voy a dar una vuelta…a la mera hasta doy dos…. ay pero que chocante se ve la sudadera, mi hija le pintó DORIS. Sólo porque una vez confundí coco rallado con queso añejo ahora le pone letreros a todos los botes de la cocina: CEREAL, AZÚCAR, FRIJOLES, pero eso de ponerlos también en las puertas: OFICINA, BAÑO, CUARTO DE ALEX, ¡caray!, se pasa…

La OFICINA es el lugar donde Ramón vive con la nariz metida en los libros, pero me ve y luego salta:

* ¿Vas a caminar ahorita? ¿Ya es tarde, no?
* Pero el Dr. dice que debo hacer ejercicio para bajar ocho kilos. A ti también te iría bien.
* Los doctores encargan tareas imposibles cuando no tienen medicina para los problemas. Estoy revisando una tesis.
* Pues ¡ahí te ves!

Oigo a mi marido decirle a mi hijo Alejandrito:

* Ve con ella.

Con la orden paterna Alex –quien acaba de cumplir 15 años- va tras de mí. Cruzamos dos calles rumbo a la 31. Donde vivimos fue un lugar tranquilo, pero ahora pusieron una clínica de ¿diástoles?… ¡de diálisis! y eso se vuelve un tianguis desde las seis de la mañana. El rumbo del panteón municipal está lleno de puestos de flores y así las veo y huelo… Ramón nunca me ha comprado flores, dice que es un desperdicio de dinero y hacen mucha basura… él siempre tan práctico.

 Podría ir hasta el Paseo Bravo pero siempre está repleto de carros: da miedo cruzar la calle. Aquí voy sobre banqueta, donde me canse, regreso. Alex va atrás: un ojo al celular y otro al tráfico (cuando pasa una chava guapetona hasta hace el bizco, que precoces estos niños). Empiezo a sudar, entonces veo enfrente una panadería donde están poniendo roscas de reyes en el aparador: hay un montón de gente formada frente a la caja, le doy mi monedero a Alex.

* Hijo ¿me compras una rosca?

Alejandro debe andar en los 80 kg, me mira un segundo y replica:

* ¿No tienes que hacer dieta?
* No, el doctor dice que si hago ejercicio puedo comer de todo. Cuando regrese se habrán acabado. Cómprala, iré más despacio, aquí derechito me alcanzas.

 Camino a la esquina, el semáforo cambia y me quedo parada en la acera jadeando. Veo a dos jóvenes que discuten a bordo de un auto, de modo que apenas notan el cambio de luz. Cómo van en dirección al parque me subo atrás.

El auto circula una cuadra y ellos discutiendo, de repente viran en una esquina.

* Oiga joven, yo voy al panteón municipal ¿y Uds.?

 El frenazo que da el auto me lanza de boca, el conductor y la chica me miran estupefactos a través del retrovisor, parece que no se atreven a verme de frente. Muy descorteses y con ojos desorbitados. Me doy por ofendida y bajo. Los jóvenes de ahora no tienen educación.

 Bueno, conque camine dos cuadras a la derecha y tres a la izquierda llegaré al Panteón, no tiene caso rodear y volver a empezar.

 Camino y camino sin encontrar ninguna referencia. Realmente me desubiqué, y como no uso celular pues ni a quien hablarle. Estoy cansada pero me da miedo preguntar: una mujer sola puede ser presa de cualquier asaltante o peor, de algún pervertido. Pronto oscurecerá, no veo la barda del municipal, puras calles y calles, ¿cómo es posible que se me pierda el panteón tan grande?, recuerdo perfectamente que está a dos cuadras de la 31 pero ¡nanay!... veo en la acera a un señor mayor paseando con bastón, sombrero, bufanda y un perrito que parece ratón.

* Oiga Sr: ¿por dónde queda el Panteón?...

Enarca las cejas aunque no deja de vigilar al can que hace un escándalo infernal.

 - ¿Se siente usted mal? Llame al 811.

* Perdón, no traigo el celular, me vayan a atropellar por andarlo atendiendo…

 En eso su bola con ojos se lanza para morderme y lo esquivo con una patada; el señor me echa una mirada fulminante, carga a su animal y me deja hablando sola.

 Hay que ver las cosas positivamente: cómo ejercicio de primer día ya está bien, es hora de regresar a casa, tomaré un taxi…pero no traigo mi monedero, ¡ya sé! Puedo pagar en casa, pero ¿cuál es mi dirección?

 Otra vez se me revuelven los números, veamos: ¿es la 19 Sur 3107 o la 17 Sur …qué?, de la iglesia nos separan dos cuadras… empieza una llovizna caladora cuando escucho el tañido de una campana…bueno, me meteré en esta iglesia, ahí alguien sabrá darme razón.

 El atrio interno de la iglesia está penumbroso y hay varias personas sentadas; una señora repartiendo rosca y chocolate se vuelve a mirarme y dice:

* ¡Ah! usted es la mamá de Doralina, nos avisó que venía. Bienvenida.

El lugar está frío: acepto el vaso y la rebanada de pan: ya repuesta les explicaré, no es cosa de desmotivarlos antes que me ayuden.

 Un hombre como de 40 años, gordito, pelón y con lentes de marco dorado explica que el muñequito oculto en la rosca significa el niño Dios que escondieron sus padres para que Herodes no lo encontrara, y que las frutas cristalizadas simbolizan la corona de los Reyes y bla-bla…no recuerdo misas chocolateadas. Calladita me zampo mi parte y escucho que los demás se enzarzan en un debate sobre quien va a recibir la antorcha guadalupana que viene de la sierra rumbo a la basílica, el problema –según entiendo- es que a ellos les toca y el seminario palafoxiano y otras parroquias quieren ganarles ese privilegio… como cada vez se ven más acalorados alzo la mano tímidamente:

* Yo voy si quieren… el doctor me recetó ejercicio.
* ¿Ud?!, ¿con Doralina?
* La verdad esa muchacha no es nada mío, pero tengo un hijo que se llama Alejandro y tal vez él quiera acompañarme.
* ¿De veras? ¿Y estará disponible?
* Pues…¿que día llega la famosa antorcha?
* ¿Que día?! … el 10 de Diciembre.
* Aaah pues falta un montón (ya me había dicho que los católicos son rete acelerados) para esas fechas seguro que podré sola…sólo que amaneciera lloviendo…

Se miran y murmuran:

* Tal vez los de San Miguel la enviaron a espiarnos…

Vuelven a observarme con recelo y murmuran: “Creí que era mamá de Dorita”. Por fin el señor que parece cura pregunta:

* ¿Quién la mandó acá señora?

A estas alturas yo lo único que quiero es regresar a casa. Toda la desorganización que muestran me hace contestar evasiva:

* Nadie…yo quería preguntar por donde está la iglesia de Guadalupe.

Entre ellos se observan con cara de “Se los dije”, el señor me pregunta con suspicacia…

* ¿La que está frente al Paseo Bravo o la de Volcanes?
* ¡¿Pues qué hay dos?!
* Sí, Sra….
* Ríos, me apellido Ríos. ¿Cual está cerca de mi casa?
* ¡! ¿Cual es su domicilio?
* Creo que es 19 Sur pero no recuerdo el número.
* Puebla es una ciudad cartesiana: todas sus calles son paralelas. Considerando que se haya cruzada en el sentido de los puntos cardinales por dos ejes imaginarios que la dividen en cuatro, y las calles con número par corren de norte a sur y las de número non de oriente a poniente; teniendo como base que estamos en la 15 Sur1704 usted misma puede responder a su pregunta.

Siento un mareo.

* Este… ¿Dónde está el baño?

Se miran entre sí, y luego apuntan a un cuartito que está junto a la sacristía, al alejarme los escucho:

* Nos quieren sabotear para apropiarse de la antorcha…vamos a avisarle al padre Víctor.

No sabía que los católicos también son paranoicos. Me encierro en el baño para no enfrentar esa grey hostil. Al rato oigo una voz cordial y pausada.

* ¿Sra.? Ya todos se fueron, vamos a cerrar la iglesia.

Me asomo a la capilla que está a media luz: quien me habla es un anciano, pero bajo la túnica beige su cuerpo está erguido y su claro en la coronilla parece más una tonsura que calvicie. Su actitud es muy atenta y su voz dulce.

- ¿Ud. es el padre Víctor?

- No Sra. Soy el guardián de la iglesia, me llamo José Manuel Rodríguez, ¿se quedó encerrada en el baño?

* No sabía que las iglesias tenían guardianes.
* Por la crisis de vocaciones sacerdotales no quedamos muchos. Yo soy jesuita, me jubilé hace algunos años, y hago este voluntariado. ¿Le puedo ayudar en algo?

Su rostro bondadoso y actitud serena me animan a sincerarme.

* La verdad es que me perdí, no tengo celular porque no sé cómo usarlo, no puedo llegar a mi casa, la dirección se me olvidó.

Ante mi asombro el buen señor saca un manojo de llaves, cierra la puerta de la iglesia y me dice:

* Vamos.
* ¿Adonde?
* A su casa.
* Pero si no sé mi dirección.
* Pero escuché que dijo que vivía en la 19 cerca de la iglesia de Guadalupe, por la calle debe ser la colonia Volcanes.
* ¿Entonces sabe llegar?
* No se preocupe -se encamina a la parte trasera de la sacristía- el mismo camino nos llevará.

Traspasamos una puerta con herrajes: hay escalones que bajo con cuidado, luego seguimos un largo pasadizo iluminado por lámparas de latón.

* Mire- este es un pasaje bajo la ciudad; se construyó hace muchos años como comunicación entre una iglesia y otra: algo parecido a las catacumbas romanas. En la época de Independencia, en la revolución y la guerra cristera fue muy útil como refugio y transporte de combatientes católicos–me toma delicadamente del brazo- ¿sabe que Jesucristo fue el primer revolucionario?

Niego con la cabeza: no quiero meterme en un tema del que no sé nada. Mas su voz y su presencia me inspiran confianza.

* ¿Qué más hacen los guardianes de una iglesia?
* Damos doctrina, ayudamos en misa, pero sobre todo damos el viático cuando nuestros fieles parten: nosotros custodiamos los tesoros del alma –añade sonriendo- en verdad la guardia de noche concede mucho tiempo para meditar, escribir o hacer versos.
* ¿Usted escribe?, Entonces ¿puede explicarme que quiere decir cartesiano?

Me mira con ojos chispeantes y media sonrisa: se ve encantado de instruirme.

* Es un adjetivo derivado de la obra de un pensador y filósofo del siglo XVI llamado Renato Descartes y se refiere a que esta ciudad fue trazada matemáticamente. La gente piensa en el Discurso del Método y creen que las cosas deben tener siempre un sustento racional. La verdad es que metódico significa dudar de todo lo establecido.
* Ah, con razón… mi esposo es muy metódico. Entonces, ¿ese señor que no me quiso dar informes estaba equivocado?
* Ese es el punto. Puebla sí es una ciudad cartesiana pero por razones espaciales, no matemáticas. Descartes aconseja pararnos en un sitio central para ver todo, borrando las barreras que cuadran nuestros pensamientos. Quitándonos los convencionalismos podemos sacar nuestras propias conclusiones.
* ¿Cómo qué?
* Cómo que estamos en un túnel pero podemos ver todo el universo.

Miro alrededor y concluyo que sólo veo un pasadizo oscuro. Trato de cambiar de tema.

* Oiga: ¿Qué tal si me declama una poesía suya?
* Primero dígame su nombre completo.
* Perdón, soy Dorotea Ríos de Vizcaíno. Me dicen Doris por una pescadita de caricatura que todo se le olvida… en casa me andarán buscando.

El camino se amplía y termina en una escalinata de piedra. El clérigo me explica:

* Aquí tapiaron el pasaje porque los veneros de agua sulfurosa se infiltraban por este lado.

Ascendemos y en el borde de la cuadra, avisto la plazuela que está a un lado del edificio donde vivimos. El sacerdote ve mi sonrisa de alivio.

* Señora Ríos: me despido, voy a regresar.
* Oiga: ¿no me va a acompañar a mi casa?
* Disculpe, no puedo salir a terreno secular.
* Pero, pero, ¡lo necesito!… ¿y si me pierdo otra vez?, la verdad es que sí se me olvidan las cosas. Además…además, prometió decirme un poema.

Sonríe y escribe en un papel.

* Aquí se lo dejo. Y recuerde: para ver hay que estar en la oscuridad, para aprender hay que olvidar y para creer hay que dudar.

En la neblina, el farol dibuja la figura que se aleja y desaparece en la abertura, siento el impulso de seguirlo y entonces veo a mi hija con faz angustiada:

* Mamá ¡te hemos buscado por horas! Hablamos a Locatel, al DIF, al Seguro, a la Cruz Roja, ¿qué te pasó?

Mi esposo viene tras ella y habla por un celular. Al verme cierra la comunicación con brusquedad diciendo:

* Cancélelo, ya la encontramos.
* ¡Ramón! –digo contenta- conocí a un guardián de iglesia que me trajo aquí.- él me arrebata el recado.
* Será su celular para que le des una recompensa.
* Nada de eso, es un voluntario ya mayor, sacerdote jesuita…
* Funcionario oficial… entonces quiere una donación para su parroquia - Ramón lee y parpadea, se quita los lentes, repasa azorado- ¿Es una broma?

Leo la bella caligrafía:

 *Cuando mis ojos miraron*

 *de tu cielo los dos soles,
 vieron tales arreboles*

 *que sin vista se quedaron.
 Mas por ciegos no dejaron*

 *de perseguir sus destellos,
 Doris: conduélete de ellos,*

 *que aunque te causen enojos,
 son girasoles mis ojos,*

 *de tus ojos: soles bellos.*

 ***Jose Manuel Martínez Navarrete***

A los segundos de desconcierto que suceden murmuro:

* Ahora sé por qué somos metódicos...
* ¡Metodistas, mujer!

**Febrero *Februs***

 *Febrífugo (medicamento para quitar la fiebre), viene de Februs o Plutón (dios del inframundo romano), quien barría la tierra con ventisca y nieve, paralizando toda actividad humana. El día diez había una ceremonia en que uno se purificaba de faltas y culpas para esperar la primavera con buenos presagios.*

 **Los tamales de Abraham Lincoln**

 Querido primo Pancho: soy tu prima Magali, qué bueno que te fuiste a vivir a Alabama, ya estamos más cercas ¿no? Yo también acabo de regresar de los *yunaites,* pero al principio no me fue tan bien como a ti. Dicen que las jarochas somos brujas, pero si yo fuera adivina como las húngaras, quien sabe si me hubiera ido. Te lo voy a contar.

 Tengo una hija de cinco años que apenas entró al kínder. Cuando vi la lista de lo que le pidieron se me bajaron los ánimos, pues entonces … ¿cuándo entrará a la primaria cómo le iba a hacer? Y nos suspendieron esa ayuda de Progresa.

 Bueno, ya sabes que no soy dejada y el trabajo me gusta. Laboraba de doméstica en dos turnos (mañana y tarde) y además ayudaba a mi mamá que seguía vendiendo tamales en el mercado. ¿Te acuerdas de mi amiga Tencha?, sí, esa que a su hermano le decían “el coruco”. Ella me propuso que nos fuéramos a chambear a Estados Unidos y lo rete pensé. Dijo que tenía un contacto que nos pasaría y nos dejaría acomodadas en una casa muy buena, que si trabajábamos dos años reuniríamos para poner un negocito de comida.

 Bueno, ya sabes que mi *mom* tiene 35 años (las dos tuvimos niña a los 15) Papá desapareció al saberla embarazada de mi *sis* Carmela de 16. Mamá Chonita sigue en el mercado con su puesto de tamales y por ahí recogió a un niño huérfano de diez años, ¿te imaginas alimentar a tres chamacos que a esa edad comen cómo si trabajaran?, yo dobleteaba desde que tuve a Maguito.

 Tencha decía que del otro lado nos iban a pagar ocho dólares por hora además de casa y comida, y como tu le dijiste lo mismo a tía Carmela por teléfono, pues me animé. No escribo muy de corrido, pero sé contar muy bien: en dos años podría ahorrar para poner una fonda. Mi amiga me aseguró que ella masticaba el inglés y que viviríamos en San Diego donde está *si-uord,* queantes de regresar podía mandar por Maguito y llevarla a ver las orcas y hasta al tiburón.

 Pero teníamos que irnos ya –dijo Tencha - nos necesitaban en esos momentos y además estaban haciendo un muro que después no podríamos pasar. De modo que encargué a mi niña con su abuela y nos lanzamos.

No voy a decir que sufrimos en el camino. Tardamos tres días en llegar, porque después dijeron que entre más adentro, menos nos perseguirían y nos llevaron a Chicago. Adiós al mundo marino. Nos pasaron en una camioneta que llevaba verduras, nos hicimos chiquitas, chiquitas, en unos costales que llevaban cebollas por lo que no vimos nada hasta que nos entregaron en una casa por la puerta de la cocina. Primero nos mandaron a bañar porque apestábamos cómo los tacos en el callejón del Paisa… con decirte que hasta el perro estornudó después de olearnos.

 En verdad la *jaus* era enorme, con muchos cuartos. Pero el nuestro era chiquito, chiquito: había que alzar las camas sobre la pared, para dejar sitio para las sillas en que a veces nos sentábamos. Y oye tú ¡El baño!, nunca había visto algo igual: parecía cuarto de escobas con una coladera al centro; la regadera tenía un brazo movible, y estaba en medio del lavabo y el wáter: si te lavabas las manos lo ponías sobre él, si te bañabas te ponías de lado para que el agua te cayera encima.

 Además los dueños –nuestros patrones- eran unos pastores muy piadosos de sabe que religión. En esa casa no se ponía la tele más que para ver programas de cantantes que le dicen *Ghospel*, y a veces las noticias. Leían la biblia antes de las tres comidas y nosotras en la cocina, también teníamos que hincarnos y rezar. Hacían ceremonias en las noches, donde se escuchaban cánticos como los de la tele. A veces oíamos gemidos, gritos y una vez que me asomé por la rendija vi una señora gorda, gorda, revolcándose en el suelo como tlaconete en sal.

 A las diez de la noche aseábamos ese piso lleno de flores despedazadas, y también unas túnicas azules empapadas de sudor. Teníamos que echarlas a la lavadora con bicarbonato para que se despercudieran, y subir tres pisos de escaleras para tenderla en la azotea -que allá llaman *ruf-garden* - y recogerlas al amanecer, porque la zona era muy *fashion.*

 En fin, íbamos a trabajar. El problema fue que a la hora de pagarnos la señora –que medio hablaba español- dijo que ella nos guardaría el dinero para que no lo mal gastáramos. Le mostré un cuaderno donde - según yo- llevaba un apunte de mis ahorros y la señora contestó: “pero de ahí les descuento su hospedaje y alimentación”. Ante la cara que pusimos agregó- Son v*ery locky*.

 Bueno, el descuento sería poco: nuestro *rum* tan chiquito y comiendo puro monte. Empezó la calor y nos dejaron dormir en la sala, sobre la alfombra. Para ese tiempo entre las labores domésticas, la hincada y la levantada, las subidas de escaleras, las desveladas y la dieta vegetariana, a Tencha y a mí la ropa nos bailaba.

 Cuidábamos un perro guardián, que se llamaba Kaman, (Lo llamábamos: “¡Kaman, Kaman!” y venía). La única carne que se cocinaba en esa casa era para él. No era carne de veras, sino pescuezos y patas de pollo que cocíamos con arroz para su alimento. Daba miedo pero era manso: solo me gruñó una vez que le quite de su platón un pescuezo porque la verdad el hambre me mataba. El perro me miraba y me enseñaba los dientes, yo apurada roía el hueso. Me acordé que en mi casa cuando se me antojaba un caldito, correteaba un pollo y me comía la pechuga… royendo y chupando el hueso se me salieron las *tears.*

 Teníamos hambre todo el tiempo. Vivimos porque cuando estaban en sus cantadas nos escurríamos al refri para sacar vasitos de leche y luego rellenábamos el bote con agua. No hablaré mal de esa *milk* de soya que sabía a rayos, porque nos mantuvo unida el alma al cuerpo. Parecíamos fantasmas: hasta lo prieto se nos bajó, cómo que se nos apendejó la tinta.

 Y llegaron los fríos. Se nos pasó la emoción de ver la nieve cuando nos pusieron a palearla cada vez que tenían que sacar o meter el carro. Nos daban unos abrigotes y les echábamos piedras en la bolsa, porque un día el viento nos jaló: creí que íbamos a terminar guindadas de un árbol como papalotes. Yo sentía todo el tiempo frío: la ropa no te sirve si abajo te están gruñendo las tripas, hace falta el calor del alimento. Deliraba por un taco de suadero. Empecé a soñar que estaba en mi tierra, en mi chocita, veía plantas y flores, sentía el sol, ¡Y cómo extrañaba en las noches a mi Maguito! De la familia nunca recibí noticias, a pesar de que -con todo y mi cansancio- les entregué a los pastores varias cartas para mi casa. Cuando muy triste les preguntaba por qué no recibía respuesta me contestaban: *“No news?, good news!*

Luego veo en televisión al pinche viejo de peluca güera con su boca de chancla midiendo un tramo de muro que se metía hasta el mar, y dijo que los mexicanos lo estábamos pagando… ¿Y si ya no podíamos regresar?, solté la aspiradora y me puse a chillar. Quería salir a la carrera de ahí, ¡que se quedara con sus dólares!

Un fin de semana los pastores salieron a hacer compras de Navidad y nos llevaron a orear. En una tienda grandota (aquí todo es grandote, sólo nuestro cuarto era chiquito), nos dejaron en la entrada diciendo que regresarían en una hora. Mero enfrente estaba la sección de juguetes, y que veo una muñeca igualita a Maguito, con sus ojotes y cabello oscuro con rizos, rizos, rizos y un vestidito de flores con delantal blanco…ya no pude más y ahí mismo me puse a llorar.

No me importó llamar la atención, quería que me agarraran la migra. Un viejito ojos de aceituna y calvo me pregunta: *watts hapen?* Y como yo no tengo celular, ni watts (carajo si ni por carta me podía comunicar), trajo a un empleado para que tradujera. Entre sollozos conté que en casa tenía una niña igualita a la muñeca y que la extrañaba mucho.

- ¿Y por qué no está con ella?

- ¡Porque no tengo *money*, y no sé hablar inglés, y soy indocumentada!, ¡ Por eso!

Entonces se armó el borlote y buscaron a los pastores, pero resulta que se los tragó la tierra junto a Tencha. No supe dar la dirección y luego el míster me llevo a un centro de inmigrantes, donde unas personas se encargaron de tomar mi declaración y me dejaron en un dormitorio con una bola de paisanos igual de afligidos que yo.

 Al final leyeron algo así como que “Es una práctica habitual de gentes que trafican con ilegales y que prácticamente los compran y retienen en condiciones de esclavitud”

 A mí y a cinco más nos deportaron (se dice así cuando te retachan en avión, y por tierra te destierran). Buena onda la oficial medio negrita que nos acompañó. Me dijo que el viejito llamaba para preguntar por mí. Quesque era antropólogo especialista en la guerra de Secesión…sepa Dios que es eso.

El viejito se apareció en el aeropuerto con la muñeca y me dio mil dólares. Le pregunté:

* ¿Cómo se llama usted? Para rezar todas las noches por su alma.

Él contestó en un español enredado:

* Es un regalo de Abraham Lincoln.

Por eso escribo esto: ponte buzo mi Panchito. No te metas a trabajar con pastores ¿eh?, Aquí en la casa nunca recibieron una carta mía. Y estate pendiente, no sea que completen el dichoso muro y te quedes del otro lado. Aquí la tía Carmela recibe con gusto los dólares que le mandas, pero estaría más feliz si te ve.

 ¡Cómo me gustaría encontrar al viejito, el tal Abraham Lincoln! Le contaría que llegué bien a mi pueblo, que la muñeca le encantó a Maguito y que el dinero que me dio lo usé para poner una tamalería: ahora en febrero volaron porque hago unos de chipilín que son la pura leyenda. Mi negocito le puse su nombre: “Los tamales de Abraham Lincoln”, chido ¿verdad? Ven a visitarnos primo para que lo conozcas. Cuídate mucho**. Magali**

 **El canto del Hikuli**

Digan lo que digan los expertos de National Geographic, no hay sitio más fotogénico que el desierto. No importa la hora, ni la calidad de la cámara, funciona hasta con celulares baratos. En febrero, con el sol en longitud septentrional, el perfil desértico tiene una fascinación inabarcable, una visión bidimensional de que el mundo es inmutable y a la vez tan móvil que cambia a cada instante.

Cuando novata, con cámara al hombro, nunca desperdicié la ocasión de tomar una foto aquí. En nuestro gremio se dice que el fotógrafo es un cineasta frustrado. Puede ser. Desde El desierto Viviente, Lawrence de Arabia y El paciente inglés, he tratado de reproducir en mis imágenes las sensuales formas de las dunas, su piel cambiante del blanco cegador al rojo arcilloso, el aterciopelado rastro de una serpiente, el desgranar de una ladera bajo la caricia del viento.

Ahora he depuesto la lente, sólo observo cómo los billones de polvo calcáreo captan por la noche su mínima humedad, para albergar semillas inmarcesibles: óvulos esperando años una ligera lluvia para eclosionar en alocada carrera, emitiendo flores de aromas y tintes extraordinarios que incitan a los insectos, a los pájaros y a los murciélagos a sorberlas, penetrarlas, esparcirlas, pues solo tienen un día de vida. Y los rodamundos que también diseminan su simiente bajo el silbido del viento. Y las erguidas líneas de cactos esbeltos. Y la promesa de líquido en las biznagas obesas, esféricas, espinosas cual erizos vegetales. Y los ocasos escarlatas. Y la cobija celestial compartida con las tribus nómadas. Y el fulgor de millones de estrellas sin que nada se interponga entre nosotros. Tal vez una noche solitaria e infinita, motivó a Mahoma a redefinir el desierto como “El Jardín de Ala”.

Anoche tuvimos visitantes. No fueron los rarámuris que llegan hasta acá para buscar el sagrado *hikuli*, que desvela con su fuerte canto; ni los deudos que nos dejan veladoras, flores, rezos, añoranzas; sino otras sombras conocidas: las mismas cuyas manos integraron nuevas compañeras a la esencia del desierto.

Me hubiera gustado tener mi cámara.

 **Marzo *Martius***

 *Mes en honor a Marte, dios de la guerra y protector del soldado (Marcial) romano, dado que los legionarios volvían a sus actividades en este mes. Los Idus de marzo correspondían a la primera luna llena del año nuevo.*

**Adiós Vampira**

Intercambian guardia a las siete de la noche, cuando en el cercano templo redoblan las campanas anunciando una misa nocturna de Pascua, su compañero comenta:

* Domingo de gloria con luna azul.
* ¿Cuál luna azul?
* Quiere decir que en este mes hay dos lunas llenas seguidas, los gringos le llaman “luna azul” a algo que sucede muy raramente. ¿no viste esa película?

 Lucía recuerda la anterior luna llena del 8 de marzo.

* Yo no voy al cine Raúl.

 Sin decir más recibe las llaves. Ella no va al cine desde que presentó esa progresiva disminución auditiva del lado izquierdo. El especialista en oído (no puede pronunciarlo y dice “ornitorrinco”), le informó que es: “Idiopática, ¿eh?; tal vez podría tratarse de una degeneración del nervio por algún defecto congénito, ¿eh?; no podemos ofrecerle tratamiento, ¿eh?; sólo algún apoyo electrónico”. No puede delatarse usando un aparato auditivo: oír es primordial en su oficio.

 No es muy retribuido, pero le ha servido durante diez años para sostenerse dignamente. Probó suerte con tres parejas, pero no tenía el interés suficiente en otra persona para cultivar una relación demandante. Desde niña fue rara: no se desgarra las vestiduras por la presencia de alguien, ni por su ausencia. Ni siquiera por ella misma en sus noches insomnes. ¿Será fruto de una niñez llena de cambios de hogares, progenitores y escuelas?, ¿o una secuela del alcoholismo crónico materno? Eso comentó el psicólogo de adolescentes que le dio terapia en uno de tantos albergues provisionales.

 Su madre era alcohólica y en los breves periodos en que podía mantenerse sobria decidía cambiar de lugar. Finalmente desapareció dejándola en una “estancia juvenil”. Tal vez esa carencia de calor humano, motivó que deseara tener hijos con Pablo, su segundo marido y estuvo anuente a estudios y tratamientos. Le dijeron que una infección le había obstruido las trompas de Falopio: algo venéreo que había pasado casi inadvertido. Pablo la abandonó. Parece que sus trompas se negaban a funcionar, primero las de Falopio y luego las de Eustaquio.

 Su escuela se sitúa casi en la cima de una colina fraccionada hace años para colonia residencial; el templo asentado en la cumbre es especial. Desde ahí se ve la cúpula que está inspirada en una muy famosa de Europa; el campanario es de tres espadañas. Mañana tocará, para empezar un nuevo día. Así ha sido siempre. Incluso en aquellos seis meses de duro entrenamiento policial.

 Manejaba bien las armas, trotaba, apuntaba: daba en el blanco; corría, apuntaba, daba en el blanco, corría, se dejaba caer y daba en el blanco, recargaba el arma acostada. Puesta de ejemplo por su pulso infalible, no pasaron por alto su edad y que no terminó la preparatoria. En clases memorizó los derechos humanos de los delincuentes, la prioridad de atender a las víctimas en cualquier operación, el protocolo al hacer un arresto. Conducía -como decían los demás- “Cómo hombre”. Aun así la rechazaron. Lucía lo atribuye a que después de su primera incursión con el escuadrón antisecuestros en una casa de seguridad, fue la única que se mantuvo con frecuencia cardiaca, respiratoria y presión normales. “Por el largo historial de toma de hipnóticos –dijo el psicólogo de la unidad - sus pruebas de confianza no son valorables”; (¿la considerarían un monstruo cómo Aníbal Lecter?). Hasta se sorprendió cuando la aceptaron como guardia de seguridad en esa universidad privada.

 Es un lugar armonioso, y en la noche aislado. Cierra con llave el estacionamiento, las puertas, apaga luces. Revisa los salones en total libertad: Lucía aprecia caminar sin preocuparse de esquivar personas o tener que hablar. En el turno vespertino hubo un festejo del día de la mujer, y todo se vio invadido por una muchedumbre. Ahora ese espacio (que otras personas llaman vacío), permite apreciar nítidamente los colores, formas y dimensiones. Como esas sillas grises idénticas, cuyos contornos curvos se observan alineados pulcramente en las aulas desiertas. A ella le recuerdan unos soldaditos de plomo con los que jugaba en una estancia del DIF. El espacio también proporciona resonancia a sus pasos, refracta la luz lunar, dá densidad al ambiente, seguridad a los movimientos.

Recoge alguna basura por ahí, conecta la alarma, verifica ubicación del dron y los sensores ambientales para incendios, se comunica con una central, a la que da parte cada cuatro horas. Tras hacer su última llamada nocturna, acostumbra a leer algo sentada en el banquillo del diminuto puesto de vigilancia. Luego –si está lo bastante fatigada- cabecea dos horas, hace otra ronda y se reporta. Con el alba se sienta a comer algo esperando el relevo de las siete de la mañana. Es frugal. Años de apretarse el cinturón le han forjado un estómago inmune al hambre, pueden gruñirle los intestinos, pero sin alterarla. “No es una personalidad contenida ni reprimida - agregó en su informe el psicólogo- tampoco temeraria. Es vacío emocional: un grado leve de autismo”. Otro profesional dijo después que esa fue su manera de sobrevivir y le quitó los hipnóticos. Tampoco los extraña: su insomnio se acomoda bien a su trabajo de vigilancia nocturna. Lleva al hilo 1558 guardias, 420 estaciones, 230 lunas llenas, 10 semanas santas, seis compañeros de trabajo y ningún retardo, ni una sola falta. Esta noche va por un libro de aventuras.

 Desde la explanada que domina una vista sobre los volcanes azulados por la luna, toma el caminillo entre jardines para enfilarse a la biblioteca: ahora el gigantesco satélite parece tan cercano como si alguien mirase sobre su hombro. Sopla un airecillo gélido de cuaresma, más su grueso uniforme y el chaleco antibalas (un plus de la academia policiaca) la protege de los 8 grados de la medianoche.

Al abrir la puerta principal se impone el sonido metálico de sus llaves sobre el chirrido de los grillos. La luz lunar penetra los amplios ventanales. Se encamina hacia las colecciones juveniles: en algún sitio entre Harry Potter, las crónicas de lobos, monstruos y noveletas gráficas está Los *tres mosqueteros*…persiste la sensación de que alguien la mira. Entre el familiar olor de los libros sobresale un aroma frutal. Enciende la lamparilla sobre una mesa de lector y ahí está: una manzana. Apaga la luz, desenfunda su pistola, y escucha una voz de timbre casi infantil:

* No es necesario, tengo las manos ocupadas.

 Bajo el fulgor lunar visualiza un chico con un libro en la mano y un bastón en la otra. Enciende la linterna de su celular y escudriña el rostro: un adolescente de facciones bien cinceladas, cabello muy rizado castaño y dientes perfectos. Porta lo que ahí casi es el uniforme oficial: playera, jeans, tenis y una chamarra de mezclilla. Es muy bien parecido, y fuera de su palidez espectral podría ser el prototipo de esa universidad de jóvenes acomodados.

* ¿Quién eres tú?, ¿Qué haces aquí?
* Me llamo Javier Saucedo Luna, voy en 3º B de prepa. Estaba leyendo y fui al baño. Cuando regresé habían cerrado la puerta. En vista de eso, seguí leyendo.

El tono de voz es extraño. No posee la superioridad de cuando le ordenan traer algo, ni la indiferencia pura de cuando checan sus asistencias para la nómina.

* ¿Te pasa algo… Javier?
* No.

Sin dejar de apuntarle recorre con la luz los estantes repletos de libros, él se ríe.

* No juegue, ¿cree usted que alguien arriesgue su vida para robar libros? –agrega- ahí, en el mostrador de recepción está mi credencial de estudiante, pedí un libro para llevar a casa.

Lucía corrobora el dato, se da por satisfecha y guarda su arma.

* Vamos, te abriré la puerta.
* No, gracias. Estoy en medio de un capítulo muy emocionante: dice que si haces el amor con un vampiro a medianoche y bajo la luna llena, serás inmortal e inmune a las enfermedades.
* ¿Y qué tiene eso de emocionante?
* Imaginarlo, cuando te quedan tres meses de vida.
* ¡Te quedan tres meses de vida?
* Eso dice el oncólogo. Tuve… tengo un osteosarcoma de la pierna derecha. A pesar de quimios y radiaciones, a pesar de que me amputaron, recaí.

¡Ahora recuerda!, el año pasado vio a ese adolescente varias veces caminando hacia la escuela: primero deslizándose en patines sobre la inclinada acera; luego a pie tocado con una gorra, posteriormente con muletas, y hace poco cojeando notoriamente y con bastón.

* ¿Por qué nadie pregunta por ti?
* Mis papás están agotados y se fueron de fin a Atlixco. Piensan que estoy en casa.
* ¿Crees en esas novelas de vampiros?
* Todo puede ser verdad si uno cree – su voz suena no desesperada, sino desesperanzada – yo quiero creer. Pero los choros de medicina alternativa, prácticas de sanación y eso que el dolor se controla con la mente, me cansan.
* ¿No te pueden controlar el dolor?
* Con ayuda de parches de morfina, sí. Pero se me quita el sueño. Prefiero a los novelistas que a los médicos.
* ¿Y vas a intentar probar la receta esa?
* Me gustaría. Imagino una playa con las olas pegando en nuestros cuerpos. Pura ilusión.

En la pausa subsiguiente, y como para demostrarle la verdad de su aseveración él camina hacia ella penosamente, se baja el pantalón y le muestra su extremidad amputada desde la cadera hasta el muñón que reposa en una prótesis.

* Solamente una chica trastornada lo haría con Darth Vader y yo.
* ¿Darth Vader?
* Así se llama mi pierna artificial. Pero con tantas radiaciones seguro que ni podríamos.

 Ella no responde. Toma una silla y la coloca paralela al ventanal, después se desnuda y lo desviste con suavidad; toma sus manos para pasarlas sobre sus pechos, lo ayuda a sentarse y se sitúa sobre él. Lo guía y el cuerpo femenino se vuelve una cuna de dos brazos y una pierna, mientras se recarga en la otra, atenta a moderar el vaivén para que Gabriel no se deslice sobre la silla. Su juventud y naturaleza se encargan de lo demás: cinco minutos y ha acabado. Lo espera a que se recupere.

* ¿Estás bien?, tengo que reportarme. Después te abriré la puerta.
* No, no… me quedaré aquí contigo.

Y así transcurre la guardia. Cojeando tras ella completan el recorrido. De madrugada ven al satélite volverse diminuto en el horizonte mientras comparten su colación: la manzana, un jugo, un yogurt, un pan. Al romper el alba Lucía dice:

* Pronto llegará mi relevo, ¿de veras puedes ir solo a casa?
* Sí, vivo a una cuadra, ¿Cuándo tienes guardia de nuevo?
* El domingo. Pero no podemos repetir esto.
* Sólo quiero platicar contigo: ven esta noche a mi casa, no hay nadie.
* Lo pensaré.

Él toma su celular y le apunta unos dígitos.

* No traje cel, pero este es mi número. Lo que sea, mándame un mensaje.

Ella lo acompaña hasta la salida y Javier le planta un beso apresurado.

* Adiós vampira. Ahora soy inmortal.

No lo llamó, pero él se apareció el domingo llevándole un capuchino. Durante quince días, Gabriel se deslizó furtivamente de su casa para acompañarla unas horas, a veces toda la guardia. Le platica de su pasión por las novelas de Ann Rice, y de la mejoría de su estado general: ha aumentado dos kilos de peso.

* Como más y tolero las radiaciones mejor. Mis papás han hablado de que nos tomemos unas vacaciones juntos en Semana Santa.
* Deberías ir.
* Y tú: ¿Qué vas a hacer?
* Trabajar. Nosotros no tenemos más que un periodo de vacaciones al año. Lo tomé en diciembre.

Una noche encuentra en su puesto una banca de las escolares. Cuando llega, Javier le explica sonriente.

* Me ayudó Carlos: quitamos el banquito y pusimos la silla de la biblioteca. Para que descanses más.
* Gracias, espero que no me hagan cambiarla.
* ¿Por qué no me llamas, ni quieres verme en tu descanso?: te pasaría por el jardín. Mis papás me hicieron una recámara abajo y ellos duermen arriba. Nadie se daría cuenta.
* No insistas Javier, es arriesgado. No sólo me quedaría sin trabajo sino que iría a la cárcel. La corrupción de menores es un delito grave.
* Cumplo 18 años en agosto.
* Hasta entonces te visitaré.

El Domingo de Ramos fue el último día que lo vio.

 Otro redoble de campanas anunciando la Pascua de Resurrección la trae al presente. Lucía recuerda todos los retardos y ausencias de su remiso compañero.

* Raúl: ¿me puedes aguantar una hora?
* Sí… ¿olvidaste algo en tu casa?
* No, sólo quiero oír misa.
* Bueno. Me traes un cirio pascual.

En el atrio del templo se desarrolla el ceremonial del fuego nuevo. Compra un cirio y entra a oscuras. Alguien enciende su vela sin ella pedirlo: hilera tras hilera de luces van iluminando la majestuosa iglesia. Presencia la misa de pie entre mares de gente y no se inquieta. Una señora de mediana edad se repliega en la banca cercana para ofrecerle asiento y ella lo ocupa. El sacerdote oficiante dice:

“Acuérdate Señor de tus hijos que se durmieron en la esperanza de la resurrección: Javier Saucedo Luna…”

La Sra. se aferra a la mano de su esposo -un señor de blanca cabellera rizada- y enjuga una furtiva lágrima.

Al salir, una luna imponente y magnífica la guía. Su espacio ya no está vacío.

**Abril *Aprilis***

 *De abrir. Mes dedicado a Démeter la diosa de la naturaleza., quien en este mes recibía a su hija Perséfone del inframundo, y también abría las puertas para dar entrada a las flores, las mariposas y los pájaros.*

 **Rumi y el Poeta**

Rumi se despereza en su canasta, juguetea con las borlas (desde que su compañero le cortó las garras para que no deshilachara el cojín, el jueguito es poco entretenido); aunque él ha aprendido a respetar los periódicos apilados en la sala, y a no pasearse en los anaqueles de libros persiguiendo comejenes, el hombre le sigue cortando las uñas cada dos semanas. Lo acepta dócilmente. Es algo que también aprendió con la convivencia.

 Fue un gato callejero y sin nombre hasta los dos años. En el taller de carpintería, donde su madre alumbró a la camada, todos los trabajadores se llevaron uno a uno a sus hermanos cuando fueros destetados. Pero a él no. Sus ojos amarillos y la punta de la cola blanca, eran las únicas notas de color en su cuerpo negro azabache. Uno de los aprendices del taller, le cortó la punta de la cola con la sierra. Rumi, aún sangrante escapó de sus brazos y se ocultó en un contenedor de basura.

 La gente continuó esquivándolo siempre. Mas en la colonia suburbana de aquella pequeña ciudad marítima, había banquetas donde transitar, jardincillos en la entrada de las casas, azoteas, balcones, bardas y hasta un parquecito: lugares donde aprendió a ganarse el sustento.

 En cuanto a los animales que viven en esos cajones humanos, Rumi los ve con curiosidad: gatos gordos e indolentes, canes ladradores, ruidosos pericos, enloquecidos hámster, canarios, gorriones y peces: todos encristalados, encadenados o enjaulados. A Rumi le gustaba pasearse en las ventanas o bardas frente a ellos, y después de inquietarlos o enloquecerlos, marcharse displicente.

 Una noche de luna, las gatas en celo de las azoteas ya no le fueron indiferentes. Y al llegar a los ocho meses, empezó a participar en las orgías activamente. Su negritud absoluta, su mirada topacio, su cola mocha, su fiereza, lo hacen notorio como galán y también el blanco de los demás.

 Una madrugada lluviosa lo encontró el hombre: yacía sobre una alcantarilla, herido; ahí se invisibilizó, pero no podía moverse. El hombre lo llevo a su casa, atendió sus heridas, le puso una canasta con un cojín al pie de su cama, y le dio galletas con sabor a carne para recuperarse. Cuando el gato empezó a merodear por la casa y a maullar frente a la ventana cerrada, el hombre abrió una ventila. Por la noche él regresó y el hombre dijo:

* Bienvenido Rumi.

 En poco tiempo se adaptaron a las rutinas. Rumi despierta, salta al patio delantero -que con otro dueño fue cochera y ahora es su caja de arena- y luego de acicalarse, persigue en su exclusivo coto a libélulas, mariposas, orugas, lombrices y acecha hormigas y arañas. Regresa a la una de la tarde, hora en que el poeta se levanta y prepara algo. Le pone en el plato a Rumi su ración y ambos comen en la cocina. Después ven las noticias en la sala, o el hombre lee: uno al lado del otro pero cada quien en su área. Rumi tiene una alfombra vieja y un tronco seco donde juguetea, se estira, trepa y afila los colmillos, pero sigue con ojos atentos y salta al regazo de su compañero cuando él lo llama.

 Llegada las seis de la tarde, el hombre despeja un espacio frente a una vieja máquina de escribir y teclea furiosamente consumiendo taza tras taza de café, cigarro tras cigarro alternándolos con caballitos de tequila. El felino sabe que no le hará caso y sale. A las dos de la mañana regresa, y el hombre le llena su plato generosamente de galletas, mientras él cena su mayor comida de la jornada: los dos camaradas prolongan todo lo posible ese rato y luego se van a dormir.

 Rumi ya no es depredador desde que él le cortó las garras, pero persigue a sus presas para entretenerse. De vez en cuando, deja frente a su asiento un pajarillo o ratón muertos por el pánico, aunque al hombre no le complace su acción, y lo regaña.

* Eres como el alacrán, que pica por naturaleza.

Un día le mostró una foto en el periódico donde aparecían los dos y dijo con jovialidad:

* Somos célebres amigo; voy a leerte tu poema:

*Negro absoluto eres Rumi,*

 *hirsuto como la barba del Cid,*

*Agorero como el cuervo de Poe*

*Como noche citadina sin estrellas,*

*como tinta poblada de poemas;*

*Negro y letal como cola de escorpión*

*Carbón encendido en enfebrecidas noches,*

*Ondulas al caminar cual trenza mixteca,*

*Cola de interrogación sin punto*

*Sobre la cerca te miro transitar en plenilunio:*

*No cierres tus ojos Rumi*

*Pues tus pupilas ranuradas*

*Han deglutido la luna.*

También el hombre sale de viaje, pero le deja en su recipiente comida y agua suficientes para su ausencia: el gato calibra cuanto tiempo estará fuera, por el ruido de las galletas cayendo en el recipiente de latón. Otras veces, se ausenta una noche completa y luego duerme todo el día. Rumi lo ronda pacientemente y hasta que él se levanta maúlla saludándolo. Cuando trae algunos rasguños, el poeta le frota el dorso.

* Las hembras hieren, pero no te voy a castrar. Seremos siempre dos solterones buscando.

Van tres jornadas que Rumi va y regresa y el poeta sigue dormido. El aire se ha tornado denso, flota un olor entre dulzón y agrio que le es extrañamente familiar. Un enjambre de moscardones zumba en la recámara, e instintivamente Rumi brinca y engulle uno. El timbre del teléfono suena con insistencia: cuando se convence de que el poeta no despertará, sale por la ventana a buscar comida.

Sopla una brisa primaveral húmeda que lo despeja. Una lagartija pasa y brinca al arbolillo de limón; Rumi corta el arco en el aire: lasgarras le han crecido de nuevo. El sabor a sangre y las entrañas calientes del animal le reavivan la memoria: recuerda a los pajarillos que bajan a tomar agua, a los ratones que anidan en madrigueras de terrenos baldíos y lechos de drenajes; a los insectos que pululan en cubos de basura sin tapa, al parquecito a cuyo alrededor proliferan puestos de comida callejera, a los charcos tras la lluvia llenos de lombrices y renacuajos. No volverá a hacer amistades…¿cómo puede haber amigos si todo es alimento?

Hay balcones cercanos repletos de jaulas, balanceándose con tiernos bocados.

 ***Semper fidelis***

Perdonadme esposo y dueño mío: llena estoy de remordimientos por seros infiel. ¡Que horrenda palabra IN-FIEL!, el prefijo parece presidir *tutto pecatta mundi*: incurable, inconcluso, innombrable, indecente, insano, INRI…Simplemente pronunciarla parece deshonraros. Mas para lograr la paz de mi alma, debo decir esto:

 Juro que cuando me uní a vos no había en el mundo mujer más dichosa que yo: en el altar de la capilla con mi corona de flores y mi traje blanco respondí con verdad al decir: “Sí, os amaré y honraré hasta que la muerte nos separe”. Y al principio, al entregarnos en cuerpo, alma y sangre, me sentí colmada de dicha.

 Pero ¡ay! ¿Quién mejor que vos me conoce señor?: no pude ahuyentar de mi mente aquel amor de mi infancia. Vanos fueron los esfuerzos para olvidarlo. Entre los mismos muros de vuestra casa, aquel amor imposible creció hasta convertirse en pasión. Vos debisteis notarlo señor: en mi semblante, en mis maneras de serviros, en mi actitud ausente. Había desaparecido aquella devoción absoluta que debe una mujer a su esposo. Pensaba en el intruso constantemente. Cual un súcubo, empezó a manifestarse, cada vez más seductor. La llama encendida en mi cuerpo se transformó en hoguera. Confieso haber roto nuestra promesa pronunciada en los altares: he pecado en vuestra casa, sobre vuestros muebles, con vuestro anillo en la mano, con la investidura que vos me disteis, delante de todos los símbolos de nuestra unión. Y nunca he sido más feliz…. *Miserere mei.*

Sé de vuestra bondad, clemencia y amor por mí. Pienso que esta confesión no despertará vuestro rechazo. El sacerdote me ha dicho: “Arrepiéntete y vuelve a tus deberes: Dios te concederá la gracia”, pero ¿Qué arrepentimiento puede haber sin dolor de los pecados y propósito de enmienda? Yo no me arrepiento, lo haré una y otra vez para mantenerme viva. Me acojo a vuestra indulgencia: sí así lo decidís que me lapiden.

Ahora…excusadme señor: raya el alba. En la capilla se escucha el canto de laúdes *(Gloria in excelsis Deo)…* volaré lejos de esta prisión: los dedos me hormiguean queriendo tomar la pluma, las ideas se atropellan en mi mente, temo que la tinta se seque con tantos poemas dentro, y que el pergamino no alcance para mi “Primero Sueño”.

Por favor, perdonad a la más humilde de vuestras siervas.

 *Juana Inés de Santillana Ramírez Cepeda y Ahumada*

P.D.- Decidle al vicario de Puebla que moriré si regalo mi biblioteca.

**Mayo *Maius***

  *El quinto mes estaba dedicado a la madre de Mercurio, la diosa Maia, encargada de la fertilidad agrícola, a la que los romanos llamaban Bona Dea y consideraban cada árbol como su encarnación vegetal*.

**La casa en que no vives**

 ¿Recuerdas ese mediodía?: muy propio del estío poblano. La vendedora de bienes raíces nos señaló la puerta bajo el número que campeaba en el portón blanco de herrería: el esplendor del cielo azul de agosto se templaba con nubes que navegaban impolutas, contrastando con el rumbo: había maquiladoras fabriles alrededor, un servicio de paquetería y dos negocios de tacos; la fachada de la casa correspondía al barrio: urbano, común y proletario.

 Mas la licenciada Gandía abrió la puerta e inmediatamente llegó a mi olfato la esencia de la madera, cerré los ojos un momento y me vi transportada a mi pueblo natal en una mañana húmeda, cuando la escarcha de la madrugada hacía desprender de los árboles sus efluvios más secretos. Luego me sentí abrazada por un bosque: todas las paredes de la casa se encontraban revestidas de láminas de madera de caoba auténticas, su tinte rojizo-café nos contemplaban desde todas las paredes: los juegos de luz que producían unos vitrales marfileños sobre sus vetas las semejaban a constelaciones en eclosión.

Recorrimos un cuarto amplio tras otro, una escalera tras otra: tres niveles y en toda la madera campeaba un trabajo de marco realzado. Mientras la agente inmobiliaria salmodiaba que la casa tenía cuarto de juegos, cisterna, alberca, terraza, jardín, cochera para tres autos, y sistemas de seguridad, yo solamente imaginaba a aquellos artesanos que recibieron en su taller troncos debastados de caoba, cedro y fresno de algún bosque de Chiapas, y que sustituyendo hachas, sierras y tornos, elaboraron esos aterciopelados lambrines con paciencia manual. Había también resistente madera de abeto blanco transformada en duelas, de modo que me quité los zapatos y caminé para ser acariciada por todas partes: el íntimo contacto de esos tablones se ofreció tersos a mi planta, haciendo engañosa su estructura de dos centímetros de grosor.

 Cuando viste mi gesto, me indicaste con un arqueamiento de cejas que depusiera mi actitud de entrega y en un aparte dijiste:

* Ya pusiste cara de perro huérfano, siquiera dame chance de negociar…

 Tu emblema era: “No deudas, sino puedes pagarlo no lo necesitas”. Por eso me asombró que después de escuchar el precio (justo, pero rebasando por completo nuestro presupuesto), empezaste a decirle a la agente que nuestras pocas necesidades de pensionados harían de esa casa un verdadero elefante blanco para su mantenimiento: (“¿cochera para tres autos?”) , y yo interponía: “Cuando vengan en Navidad los hijos cada quien puede ocupar una… no pondremos a funcionar la alberca, además cada uno puede gestionar un préstamo…” no ayudé en nada.

 Regresamos a nuestro centro de trabajo en el sureste sin acuerdo. Alguna vez en sueños recorría la casa: y curiosamente- cuando salía al huerto tras un día de lluvia- cerraba los ojos y me transportaba a Puebla.

 Un día en diciembre recibiste una llamada de la agente: la dueña estaba en gran apuro financiero y dispuesta a negociar. Después de pláticas reuniones, estiras y aflojas, visitas al banco, firmas de pagarés e hipotecas, la casa fue puesta a mi nombre. Llegamos a residir definitivamente en ella un once de mayo.

Al principio me abrumaron los detalles prácticos: ¿quién me querría ayudar en una casa tan grande?...pero tras una semana de acomodar muebles fue cómo si siempre hubiésemos vivido aquí: incluso mi comedor se mimetizaba con las paredes pareciendo ser obra de la misma mano. Para regocijarnos viendo el declinar de la luz sobre las taraceadas paredes, omitimos todo cuadro, todo retrato, todo diploma que obstruyera esa vista.

 Plenamente disfruté de mi retiro: paz, sosiego, tranquilidad, olor a madera, intimidad, inspiración…frente a nuestra recámara se alzaba un perfil de cipreses y robles y sobre ellos una cúpula inspirada en Brunelleschi. Una amiga que me visitó dijo: “Esta casa era para ti: está en la colonia Amor, entre La Paz, La libertad y la Iglesia del Cielo”.

 Me pregunto si tú sabías lo que iba a pasar: pusiste un elevador, andenes para rampas, tapetes antiderrapantes y agarraderas en los baños….Después, cuando enfermaste, buscaste una recámara aislada, que era tu favorita para dormir siestas o relajarte y ahí instalamos tu cama de hospital. Me dijiste muy claro: “Sé lo que tengo y pase lo que pase no me lleves a un hospital, quiero quedar en mi casa”. De modo que también trasladé una camita ahí, habilitamos el baño, hicimos acopio de medicamentos, aparatos y material hospitalario, mandé quitar las puertas del closet, y con un mini escritorio y Lap top habitamos ese sitio año y medio. Nuestro hijo y yo no te dejamos solo un minuto: quisimos prolongar la despedida más allá de todo límite.

 Transcurrió año y medio: ya no podías quedarte más. Tú eras madrugador y amabas la simetría: elegiste despedirte a las seis de la mañana del día 16 de mayo. Quedaste como querías: entre los brazos de nosotros. El día quince se había pagado la última letra de la hipoteca.

 Ahora ante el vacío del cuarto, del hombre de familia, del esposo protector y perfeccionista, del conductor fiable, del médico omnisciente, del padre autoritario, del abuelo amoroso, del anfitrión impecable, del fotógrafo ágil, del publicista de la escritora, del enfermo modelo, estamos anonadados….¿cómo podemos seguir adelante sin ti?

 En tus últimos días insistí: “Vámonos a nuestra recámara: es más amplia, hay luz y por el ventanal puedes ver los árboles”. Contestaste: “Aquí estoy bien, entre estas paredes estoy practicando para mi ataúd” … Creo que por eso te cremé.

 Pongo mi cara de petición, cuando llegue: ¿Me conseguirás una casa igual?

**Un día de madres**

 Empecemos con la aclaración que yo vivo de madres. Alguna vez me enteré de que el Sr. Alducin director del Excélsior, hizo una campaña desde su periódico para establecer el diez de mayo como día especial para celebrar la maternidad. Seguro que no previó que a muchos huérfanos nos daría en la madre.

 Yo perdí a mamá a los 18 años y ver a todos celebrando me pone hipersensible (también la navidad y el año nuevo, pero en esa fecha más). Antes tomaba la postura de: “Me importa madres” pero cuando pasamos al once hasta suspiro aliviada. Siempre me han pasado cosas infortunadas ese día.

Cuando estaba haciendo la residencia, un domingo de guardia, el jefe de internos dijo:

 - Las que sean o los que tengan mamá pueden irse a comer a casa.

Casualmente ninguno de nuestro grupo se movió: Memo y Charli dijeron que su mamá no vivía en Puebla; Alfredo -otro compañero- manifestó:

* Licha y yo estamos iguales, no tenemos mamá-y se volvió a mí - mejor, ¿verdad?, así nos ahorramos el regalo

 Tenía fama de codo y Memo le contestó: “Y aunque tuvieras te lo ahorrabas”.

 Bueno, me casé y empecé a tener hijos a los 24. Pasé del status de no tener madre a serlo por partida cuádruple. Pero valió madres. Trabajaba en una Institución que no consideraba festivo el día y con sistema de guardias permanentes. Parecía que todas las mamás se ponían de acuerdo para revalidar su título el diez de mayo: siempre tuve complicado el día. Mis hijos se la apañaron solos en la escuela porque nunca asistí a festivales. No recibí sus trabajos manuales porque ni enterada del material que les pedían. Hubo años en que no conocí a las maestras de mis hijos. Lo bueno es que tenían a una tía-abuela que suplía mi papel en casa.

El colmo del valemadrismo fue que un día estando en consulta, llegaron una serie de pacientes que me felicitaron porque mi hijo menor había ganado el concurso de canto con el tema de la madre. Me sentí mal con Jorgito, porque ni siquiera sabía que pensaba participar en dicho concurso. Luego él me aclaró que la maestra lo tomó de emergente en el último minuto, que quedó en segundo lugar porque sólo había otros cuatro concursantes, y que cantó “Amor eterno” (también odio esa canción) … seguramente el jurado pensó que mi hijo era huérfano.

 Pero yo amo a mis hijos. Entre otras cosas porque al nacer fueron los niños más bonitos que se puedan imaginar (se los dice una experta con más de 5,000 nacimientos en su carrera profesional). Aunque las madres no somos muy objetivas: una vez atendí a una paciente que al mostrarle el recién nacido arrugado, lleno de lanugo y con el hirsuto pelo casi saliéndole de las cejas exclamó:

* Aaay, si parece Niño Dios, ¿verdad?

No comprometiéndome contesté:

* A toda madre su hijo le parece el más bello del mundo.

 Bueno, pues llegó el inevitable momento en que los polluelos emprendieron el vuelo. La última fue mi hija y he aquí que a los 48 años me encontré en casa viviendo sola. En ese momento me percaté de que siempre tomé como disculpa mi profesión (“¡Yo ayudo a las mujeres a ser madres!”) para eludir ese día que guardaba tan amargos recuerdos para mí. Pero imposible recobrar las oportunidades perdidas.

 Traté de ser positiva para enfrentar al mismo tiempo la menopausia, la soledad física, el declinar profesional y el vacío sentimental. Me inscribí en clases de aerobics, puse un consultorio por las tardes, tomé un curso de italiano en línea, y empecé a escribir. También llamé a antiguas amistades con el propósito de cultivarlas.

 Un 10 de mayo que -como de costumbre- tenía la sala de espera llena con puras madres presentes y futuras, se apareció temprano mi amiga Alma para invitarme:

* Gina, Daysi, Mati y yo nos vamos a comer juntas hoy. Aunque salgas a las tres te esperamos. Es aquí cerca.
* ¿Sí? ¿Dónde?
* En Las - (Ahí desconecté el audio: había un restaurant-hotel a dos cuadras del hospital que se llamaba “Las Buganvilias”).

 Bueno, por una coincidencia cósmica, mi recepcionista había citado menos pacientes y terminé temprano. A las dos tomé mi auto y me fui a “Las Buganvilias”. Entré al comedor y ¡en la madre!, había mesa tras mesa repletas de mamás, abuelas, suegras, tías y madres putativas con su respectiva tribu bullanguera. Ellas sonreían y mostraban sus regalos. Pero de mis amigas ni señas.

Recorrí todo el salón, en cada mesa me saludaban regocijados (no en balde llevaba 23 años siendo la comadrona del pueblo), me invitaban a sentarme con ellos. Me llevó media hora recorrer todo y ni madres de mis amigas. Un afanado camarero dijo:

* En el jardín se improvisaron otras mesas, ¿por qué no ve ahí?

Otro recorrido bajo toldos, con mariachis, taponazos de sidra y porras. Obtuve los mismos resultados.

 ¡Que madres!: el destino había querido que otra vez lo pasara sola. Pero de pronto una idea me asaltó: ¿No sería en “La Hacienda”? Este era un restorán de mariscos que quedaba del otro lado del pueblo. No quise regresar a casa y tomé el auto para dirigirme allá.

 En la 20 de noviembre había un desmadre vehicular, secundario a las legiones de escolares con sus mamás que atravesaban la calle: cada señora venía sonriente cargando cuanta madre se puedan imaginar: trabajos manuales, moños, globos, tarjetas, platos de plásticos con pastel y carne polaca, remolcando otros tres o cuatro críos más…Cuando después de 45 minutos llegué a mi supuesto destino no encontré el restaurant. Preguntando en una vulcanizadora me dijeron:

* ¡”La Hacienda”? ... uuuy seño: tiene cinco años que cerró.

 Así de desconectada estaba yo. Regresé a casa para revisar la contestadora: ni una llamada, mensaje, ¡nada! Mi esposo llegó a las seis y le di de comer. Inmediatamente dijo:

 - Voy a llamar a mi mamá.

 - Tómate tu café, de mientras yo le marco.

 Hablo a casa de mi suegra. Se escuchaban ecos del jolgorio y ahí estaban mis cuatro hijos. Con cada uno sostuve un diálogo similar:

 - Venimos a felicitar a mamá Luz y pues…¡felicidades mamá!

 - Gracias. ¿Por qué no me habías llamado?

 - Porque sé que trabajas hasta tarde, pensaba llamarte después.

 - ¿Hasta en la noche?

 - Pues sí. Además, tú estás muy por encima de estos convencionalismos ¿verdad?

 Al otro día me enteré que mis amigas me esperaron hasta las cinco de la tarde en “Las Acamayas”. ¿Quién podía imaginar que Las Choapas tuviera tantas opciones culinarias que empezaban con articulo determinado femenino plural?

 Ya me inscribí en un crucero para “Personas en la edad de oro”, y el próximo 10 de mayo estaré navegando por las Bahamas. Espero que al animador colectivo no se le ocurra organizar una fiesta alusiva a bordo porque lo mando a chingar su madre.

**Junio *Iunius***

*Consagrado a Juno, la reina de los dioses, protectora de los lares, los matrimonios, las mujeres y especialmente las madres, que solían quedarse solas en el hogar porque los hombres iban a segar las mieses.*

 ***Espresso* a Florencia**

Vigésimo día del tour. A Roxana ya le produce claustrofobia subirse al autobús y recorrer los 600 kilómetros de cada tercer día. Seguro que, si no pasan más horas en carretera, es porque los conductores europeos están sindicalizados y tiene ese tope de kilometraje**.**

 Cierto que han cumplido con rigor el itinerario ofertado: “*25 días, 15 ciudades, 8 capitales, 18 mensualidades*”. Para un asalariado no hay otra manera de conocer Europa. Aun así: ¿a quién se le ocurre celebrar su cuadragésimo quinto cumpleaños años con treinta chicas quinceañeras?: las adolescentes se duermen en los largos trayectos, se cansan en los recorridos de las ciudades; en los museos no atienden a la información, y ven desfilar las maravillas del Louvre, Schonbrün, National Gallery y los tesoros del Vaticano con indiferencia. Eso sí: en cuanto llegan a destino, googlean los antros locales y se la pasan bailando hasta la madrugada. Los primeros días, Roxana las reprendió:

* ¡Niñas!, en México pueden bailar toda la noche, aquí venimos a conocer.

 Le respondieron con risillas y murmuraciones (“¡Mira a la maestra!, cree que lleva a sus escolares”). Al notarlo, Roxana mejor se dedicó a atender las indicaciones del guía Ángel Freyre, quien siempre se porta muy profesional. En la primera semana, el viaje se convierte en una especie de diálogo entre la alumna adelantada y el profesor complacido. A ella en realidad le sorprende que atienda a sus preguntas, acepte sus comentarios y -a veces- hasta rectifique su información. Él opina:

* No es lo habitual en los turistas: sólo les interesa tomarse la foto y subirla a Instagram. Cuando encuentras una persona informada, agradeces que te preste atención.

 Mientras las teenagers van pendientes del celular con los audífonos puestos, Ángel y

Roxana intercambian datos personales durante las prolongadas travesías: el joven tiene 30

años (aunque a veces parece uno de sus alumnos de bachillerato). Le platica que desde los 18 conduce tours de hispanoamericanos y aprende mucho de los giros idiomáticos locales.

* Pero ustedes los mexicanos, siempre me sorprendéis: se diría que hablan vuestro propio español.

Intercambian sendas palabras de argot: es un juego estimulante para ambos. Finalmente, le comenta:

* Roxana es mi nombre femenino favorito desde que leí Cyrano de Bergerac. Cuando tenga una hija la bautizaré así.

 Quisiera participarle que Rostand es su segundo dramaturgo favorito, pero una chica del viaje pregunta donde está ubicada Disneylandia en París. Roxana respeta mucho su investidura por conciencia gremial. Ha vivido inmersa en el mundo del magisterio, primero como alumna interna y luego cómo docente en Literatura, Historia del Arte y Lengua Inglesa en el colegio salesiano de la Inmaculada Concepción de María. Se desenvuelve bien en inglés, francés (aprendidos en Linguaphone) y estudia italiano. Algunas veces hasta auxilia en las traducciones. Él nuevamente le agradece:

* Ya sabes, cuando manejas varios idiomas se te puede fugar el concepto.

Desde luego que Roma, la ciudad eterna es deslumbrante…aunque un tanto decadente y ajada. Cuando subieron la escalinata en la *piazza* de España, encontraron un ramillete de jóvenes italianos, que las abrumaron con:

* *Bella, cuante bella, ¡bellisima picola!*

 ¿Aquellos aprendices de *gigolo*, utilizan el idioma para ligar? Aunque las púberes enrojecen de satisfacción, ella disfruta más oyendo a Ángel: tiene una voz varonil bien timbrada y casi no se le escucha acento. ¡Lástima que no van a Lisboa!, le hubiera encantado oír hablar al guía en portugués, el idioma más romántico del mundo…

 Un momento: ¿Tres días más con quinceañeras? ¡No!, “¿Ni para conocer Florencia?, ¿Ni para ver a David?” … En realidad fue David quien la impulsó al viaje. ¡Cuántas noches ha soñado con él!: desciende de su pedestal y la insta a tocar sus rizos, sus brazos, sus piernas, su cuello, para convencerla que es de mármol y no de carne. Leyendo las innumerables reseñas en torno a la escultura, hubo una que se le grabó: “David en esa escultura es un adolescente. Su belleza y su fuerza provienen de un mancebo puro, con toda la potencia de la Naturaleza concentrada en su mano trémula sobre la honda”. Roxana concluye que Michelangelo pudo realizar sus magníficas obras apoyado en la fuerza del celibato.

En Florencia comprará una réplica de David en el puente de los *suspiri*, lo cruzará para adquirir un collar de la calle de los orfebres y llevará sobre su pecho un producto de aquellas manos florentinas que han dado durante siglos obras preciosas en metal, madera, arcilla…se apretará el cinturón año y medio más, ¡Claro que vale la pena!:

 Por cierto, que la visita de la *Serenissima* Venecia estuvo muy bien. Después de las instrucciones generales en el *vaporetto* y de conocer un soplador de vidrio en un almacén de Murano, Ángel las encaminó al muelle de góndolas (incluido en el paquete), para un recorrido por los canales. No tenía obligación de acompañarlas, pero le hizo señas a Roxana para que aguardara la góndola que llevaba a un cantante con su acordeón. Contra lo habitual, sus tres compañeras se mostraron receptivas y románticas, escuchando *Torna a Sorrento*; aunque a ella le emocionaba más recordar a la Porcia del Mercader de Venecia.

 Después el guía les da tres horas para las tres C: Conocer, Comer y Compra*r*. Las chicas salen en desbandada a las tiendas, y ella se encamina a la cola frente a San Marcos para conocer la basílica y el *palazzo* del dogo. Finalmente, se toma un café expresscon *biscuti* en una laberíntica calle alejada de los comercios y ríos de turistas: ¡Eso que tomó ésta *tour* fuera de vacaciones!, pero Italia -sobre todo Venecia- está atestada igual en junio que en agosto.

Lee con atención la apología del café inscrita en las paredes de la cafetería, para memorizarla:

***Puro como angelo***

***Nero como diavolo***

***Caldo como inferno***

***e Dolce como el amore***

De nuevo en el autobús, no puede dominar su impaciencia (quisiera que fuese exprés cómo el café): la próxima parada es Florencia. Le pregunta a Ángel:

* ¿Cómo se dice ombligo en italiano?

Él prestamente responde:

* *Ombelico* Roxana, déjame adivinar: ¿estáis pensando en el *ombelico* de David, eh?

La relación entre ellos ya es más cómplice. Cómo único gallo del gallinero, últimamente las quinceañeras le lanzan, desde miradas soñadoras a envites descarados. Ella, como asesora de grupo, ha tenido universitarios muy atrevidos, que aprovechan la soledad de una tutoría personal para preguntar cosas que la desazonan. Roxana responde científicamente, pero en el fondo muy perturbada. Investiga con Ángel su sistema para sortear la situación con tanta ecuanimidad.

* Mira, de esto depende mi puesto. No sé en América, pero en Europa las leyes de protección a menores son muy enérgicas. Uno no puede tocarlos ni aunque estén llorando, o pidiendo ayuda. Yo sólo recuerdo un refrán español: “En la olla no se mete la polla” - le guiña el ojo.

 Roxana asiente, levemente sonrojada.

 No tiene que esperar a ver a David para emocionarse. Al salir del Véneto y entrar a la Toscana, el paisaje de afilados cipreses meciéndose al viento, los olivares de hojas lanceoladas con su envés de plata, las pérgolas y los viñedos ascendiendo por colinas ondulantes como seno de mujer, todo bajo el tinte azulado en el cielo -dónde se insinúa el plenilunio- la hace temblar cómo un presagio.

 Por fin llegan al estacionamiento del hotel florentino que corresponde. Es bastante austero (como tres estrellas), pero hay aire acondicionado: la temperatura reinante en el estío toscano es de 36 grados. También tienen -cómo un plus del servicio- al chalán del conductor, un pelirrojo de dos metros llamado Pavel, que gruñe en un idioma ininteligible. Les lleva sus maletas a la puerta de la habitación con sólo mostrarle el número de llave. Al menos no tienen que arrastrar su equipaje por pasillos interminables, ni embutirlo en elevadores liliputienses.

 Después de devorar una mini pizza y un refresco en el loby, sube a su habitación en el primer piso. Se cruza con una parvada de chicas que ya van muy puestas para antrear. “Juventud, divino tesoro”: ella tomará un baño de tina y caerá cómo piedra.

Pero ¡oh desilusión!, frente a su habitación no está su maleta. Llama a Ángel, y él comparece en polo desabrochado y bermudas.

* No te preocupes, Pavel debe haberse equivocado. Vamos a buscarla.

Recorren el hotel, piso por piso, pasillo por pasillo. Justo en el octavo, frente al último cuarto, está su maleta. Al lado hay una escalerilla que da a los cuartos de lavado.

* ¿Lo ves?, aquí nada se pierde.

Por una ojiva se ve la luna llena rielando unos árboles, y una brisa fresca sopla desde arriba.

* ¿Puedo subir? Me gustaría ver la luna.
* Claro que sí. Te acompaño.

Arriba, él enciende un cigarro. Roxana se recarga en el pretil del edificio para mirar a sus anchas. Tras unos minutos de silencio, él comenta:

 - ¿Sabes que por poco soy italiano? Mamá era de Verona, una ciudad muy cercana. Ahí conoció y se casó con mi padre español: yo me parezco más a él.

 - Sí, tienes tipo árabe…mediterráneo, quiero decir.

 - Giulietta fue a visitar a sus suegros y yo me adelanté, por eso soy valenciano en lugar de veronés.

 - Julieta…¿tu padre se llama Romeo?

 - No, se llamaba Ángel, pero ¿sabes lo mejor?, Shakespeare plagió ese drama de una obra medieval llamada “Los amantes de Verona”

Ella lo interrumpe con cierta brusquedad:

* Shakespeare nunca negó haber copiado historias antiguas, cuando lo acusaban de plagiario replicaba: “Sólo las saqué de malas compañías, para ponerlas con las buenas”; desde luego aludía al *Globe Theater*….(¿Porqué nunca puede acallar a la pedante maestra que lleva dentro?).

Ángel asiente y aplasta el cigarro en el pretil: ambos ver apagarse esa luciérnaga en la oscuridad. Él pregunta:

* ¿Recuerdas la escena del balcón?
* “¡Oh Romeo, Romeo! -recita ella en inglés- no jures por la luna, esa inconstante que muda de forma cada semana!”
* “¡Cuán grato suena el acento de mi amada en la apacible noche, protectora de los amantes!” -responde él- y entonces viene el beso: debemos besarnos en homenaje a los Amantes de Verona.

Ella se desconcierta.

* Pero, pero, ahí no va el beso…además no sería correcto.
* Ni ético, ni práctico, ni lógico, pero sí maravillosamente estético. Y vi en tu pasaporte que mañana es tu cumpleaños.

Con sorpresiva docilidad Roxana cierra los ojos y ofrece sus labios. Él la besa gentilmente, y luego exclama:

* “¡Soy juguete del destino!”

Acorrala a Roxana contra el pretil y la aprehende con firmeza en sus brazos, besándola ardorosamente; los labios masculinos murmuran frases en italiano en su oído, resbalan por su cuello, recorren sus hombros…ella balbucea:

* ¡Ángel!, ¿y las reglas?
* *Carissima, mia profesora*: hay personas con las que hay que tirar las reglas a la basura.

Frota su torso velludo contra el pecho femenino, que desfallece ante el varón, mientras él sigue susurrando:

* No te preocupes, no te haré daño… *Mia virgina, bellisima picolla…*

 Vuelve de su ensueño y abre los ojos, *(“¿Mi bella pequeña*?”); contra el esplendor lunar, mira aquel hermoso rostro, más cerca de ella de lo que ningún rostro masculino ha estado en su vida. Su lengua es *dolce* como el *amore*, sus rizos negros como el *diavolo,* su aliento *caldo* como el infierno… pero no es un *ángelo* puro: la ha escogido porque si se mete con colegialas lo acusarán de estupro…¿y ella?, ¿es una menopáusica en tempestad hormonal?, ¿una solterona con furor uterino?....cuando Ángel intenta desabrocharse la bermuda, Roxana aprovecha el momento y lo empuja, lanzándolo ocho pisos abajo.

Desciende la escalerilla, toma su maleta y se va a dormir.

Esta noche soñara nuevamente con David: siempre joven, virgen, hermoso, inmarcesible.

 **Julio  *Quintilis***

*Ocupa el séptimo lugar en el calendario. Se dice de Julio César que su madre sufrió de eclampsia y por tal, fue extraído por el vientre (cesárea) en el mes Quintilus. A eso también se atribuye que él fuera epiléptico. A su muerte pasó a llamarse Iulius (Julio) en su honor.*

 ***Cul de sac***

Fue en la carrera de medicina, que escuché por primera vez este vocablo. El maestro nos refirió que en francés *cul de sac* significa fondo de saco y se aplica también a callejón sin salida, o todo lo que signifique fondo. En obstetricia el fondo de saco de Douglas -o simplemente Douglas-, se sitúa en la parte posterior de las paredes vaginales, las cuales enmarcan el cuello de la matriz y lo sellan. Al hacer la especialidad de gineco obstetricia llegué a conocer mucho dichos elementos anatómicos, por revisiones de rutina, y además ser el sitio indicado para tomar muestras de flujo, Papanicolaou o niveles hormonales.

 Recién graduada de mi especialidad, retorné a ejercer en mi ciudad natal, en un moderno hospital del sureste de Veracruz. La jefa de trabajo social era una mujer morena, alta, maciza, de unos 35 años y con diez en el puesto, llamada Dulce Estela. Ella funcionaba como distribuidor vial, surtidora de pacientes y botón rojo. A pesar de su fachada imponente, era muy jovial y siempre tenía la frase oportuna para romper la tensión de pacientes malhumorados, desvelados o doloridos. Su día empezaba a las 7 de la mañana, (a esa hora ya había en la ventanilla una larga fila de gente), y terminaba a las 3 de la tarde. Durante ese tiempo atendía a una gran población derechohabiente, puesto que conocía a todos por su nombre, sus males y hasta sus manías.

* Fíjese Dra. -me comentó un día- la mayoría son jubilados que vienen a hacer cola por otros familiares. Dicen que a las cinco de la mañana la cama los escupe; cuando estaban activos, la misma cama no quería soltarlos.

 Un típico día de Dulce consistía en:

* A ver, ¿qué problema tiene usted?
* Ayer cené ceviche y toda la noche estuve yendo al baño.
* ¡Ah, flojita de la colina, ¿verdad?, pase con el médico de Urgencias.
* ¿Y usted doña Lorenza?
* Vengo a que me quiten los puntos porque me operaron el martes.
* Tenga la ficha número seis para curaciones.
* ¿Y por qué seis si soy la primera?
* Para dar tiempo a que el doctor que la operó pase visita y la vea.
* ¿Y tú, Mateo?
* Pues me caí ayer, vine a Urgencias y me pasaron los rayos X: dicen que no tengo nada, pero me duele todo.
* Bueno, voy a buscar las placas; te doy ficha con tu médico familiar, ve a desayunar y regresas a las 12.
* ¿Y tú?
* Soy trabajador foráneo, se me acabó la incapacidad antier, y necesito que la renueve el médico de trabajadores.
* Uy manito, ni pierdas tu tiempo, el doctor no da incapacidades retroactivas: ve con el subdirector o con tu delegado.

 Aunque usted no lo crea en 1980 así se canalizaban los problemas de los pacientes.

 Tras varios diplomados que tomé después, me percaté cuán cierta es aquella sentencia administrativa: “La consulta externa son las ruedas sobre las que transita un hospital”. Dulce Estela era nuestras ruedas, y muy bien calibradas, porque algo que la volvía indispensable en su puesto era el olfato que había desarrollado para detectar las verdaderas urgencias. Así, cuando en medio de un día cargado de consulta llamaba para decirme:

* Dra.: aquí hay una señora que dice que el niño no se le mueve, ¿la envío a urgencias o se la paso a usted?

 Yo abría un espacio para verla de inmediato.

A estas alturas, Dulce Estela tenía 38 años, su cabello empezaba a grisear y el paréntesis de su sonrisa era más profundo. Permanecía soltera, “no quiero arriesgarme” -decía. Por fin, de regreso de unas vacaciones me participó:

* Tenía dos años de novia con un señor en Cárdenas. Aprovechamos para casarnos, y este mes ya no me bajó mi regla.

 Aunque de entrada se trataba de un embarazo de alto riesgo, todos los análisis y controles resultaron normales. Me dio mucho gusto comunicárselo: la gestación bien llevada es una bella experiencia.

A las dos semanas, (un lunes) desde que entré al hospital, noté revuelo en todas las áreas. Y la primera paciente que me esperaba en mi consulta con el semblante pálido era Dulce Estela.

* Dra.: estoy sangrando desde anoche. No vine a urgencias porque sé que me van a internar. Le juro que si me deja reposar en mi casa seguiré al pie de la letra sus órdenes.

La exploré y diagnostiqué como amenaza de aborto. Ambas sabíamos bien el protocolo institucional, pero en este caso hice una excepción. Le di una receta y le detallé los cuidados en su domicilio. Se anunciaba un día tormentoso y lo fue absolutamente. Tuve que operar dos urgencias y ya no supe nada de Dulce (en esos tiempos ni soñar con un celular).

Compareció a control una semana después y vi su rostro sonriente de nuevo. Cómo había pasado el período álgido de sangrado, la revisé con espejo vaginal…. y ¡que veo!, en el Douglas se amontonaba un conglomerado de cinco supositorios a medio derretir.

* Vamos a ver Dulce: ¿qué pasó con los supositorios que te receté?
* Ah, ¿eran supositorios?, Con razón estaban tan grandes.
* ¿No revisaste mi receta, ni la caja? Claramente dice: “para aplicación rectal”.
* Sí, Dra., lo vi al llegar a casa. Cómo tenía duda que fueran óvulos, llamé a una amiga y le pregunté por dónde se ponían y me contestó “¡Por el culo!”

Mantuve el rostro impasible: ¡Quién la viera, tan grandota, tan eficiente, tan informada!

* Dulce, en palabras simples dime: ¿Para ti que es el culo?
* Pues la parte por donde somos mujeres, ¿no?, cuando alguien tiene una amante siempre dicen: “Le anda dando el culo”, “Está enculado” …

Hice un dibujo y le expliqué con detalle la vía. Ella cerró la consulta diciendo:

* Dra: se me quitaron el sangrado y el dolor, me siento muy bien.

 De ahí en adelante no tuvo problemas. Cada vez que pasaba por su ventanilla, levantaba el pulgar derecho y sonreía. La programé a las 38 semanas para una cesárea por “Primigesta añosa, producto valioso” y la niña salió perfecta. Le puso Deifilia (¡ah, la gratitud!, ahora estudia medicina); fue hija única.

Años después viajé a Europa y comprobé que esa alocución tan eludida por mexicanos educados es usada corrientemente en España. Caballeros formales, para indicar que aún cabemos en el asiento del transporte público, dicen con mucha cortesía:

* Arrime el culo pa´cá.

O tenderos ancianos y atentos, informan:

* El precio está en el culo de la botella.

 Claro que, con ánimo ofensivo, le pueden gritar a cualquiera: “¡Ve a que te den por el culo!”, pero con equidad admirable, lo adjudican a cualquier hombre o mujer objeto de su exasperación.

 Estimada Dulce: espero que ahora sepas -sin dibujos- la diferencia existente entre ámpula rectal y “cul de sac”. Que por cierto mi especialidad está cimentada en otro vocablo francés: “Vive le diference!”

 **Agosto *Sextilis***

 *Se llamó sacramento en latín antiguo al juramento que hacía el legionario romano de ser siempre fiel al Emperador (General Victorioso). Este juramento se volvió parte del ceremonial con Octavio Augusto tras el triunfo en Egipto, y le llamaron sacramento Octavio. Se le consagró el sexto mes para honrarlo.*

 **Un sábado más**

Nueve de la noche. Doña Amanda y yo embarcadas en la discusión:

* En cuanto llegues mandas la ubicación y les muestras a tu grupo que recibí el mensaje. Luego las amiguitas declaran: “yo no conocía al tipo con quien se fue”.
* Má, ya te dije que en el barullo no se oyen mensajes. A mí me gusta la música igual que a mis amigas: bailamos entre nosotras, y sólo tomamos cerveza. Nunca platicamos con desconocidos Voy con Meche y otras chicas del trabajo. A ti te gustaban los antros, ¿no?, así conociste a papá.
* Y mira cómo nos fue (doña Amanda a pesar de sus años no pierde la creatividad), y en mis tiempos se llamaban discos, y no había tantos como ahora. Leo que los pedófilos las localizan en Internet.
* Pedófilos son los que les gustan las niñas de 10 a 14 años…
* Pero pintada, con ese vestido que te metes con calzador y chaleco de mezclilla pareces universitaria. A esas buscan también.
* ¡¿Y piden boleta de inscripción?... en serio madre, según las estadísticas hay un perfil definido: las chicas que levantan son delgadas, de pelo largo, blanquitas (cabrones y racistas). No buscan universitarias, buscan morritas finas.

Pero ella sigue sin oírme:

* En las discos se ponen de acuerdo con los meseros para drogarlas. Si tomas alguna bebida, que la destapen frente a ti, ¡imagínate!, les dan una droga tan fuerte que hasta se hacen en los calzones (me pregunto si un tipo por muy psicópata que sea se va a llevar a un motel a alguien en esa condición); ¡y los choferes!, dando vueltas en la madrugada para levantar a una muchacha…
* No te preocupes, si Meche no me trae, pediré un Uber.
* ¡Uy, esos son peores!, muy serviciales y les dan agua con droga. Lleva un bate para defenderte: una amiga contó que a su sobrina se la llevaron por un túnel que daba al baño de mujeres, los narcos son buenos para hacer túneles. Y aquí el suelo es… (¡Ay madre pero cómo chingas!) …voy a dejar prendida la luz de la entrada, pero ¡avisas cuando llegues!…una madre no puede dormir si su única hija anda en la calle.

Mi plan B ante tales situaciones es fingir que me llega un mensaje.

* Es Meche, dice que va llegando a la avenida. La voy a esperar allá para que no tenga que dar la vuelta.

Vivimos en una cerrada de la colonia Santa María. Me encamino a la Diagonal. Paran varios taxistas y les digo: “Estoy esperando mi Mercedes”, y en eso llega Meche jeje. En su carro me calzo una peluca morada, medias de red, zapatillas de quince centímetros y mutuamente nos decoramos con calcomanías de calaveras, *lipstick* negro y aro en la nariz. ¡Listas!

Mientras nos enfilamos a *Las Troyanas*, pienso en mamá: los sábados se transforma en ave de mal agüero. A mí que no me quiera chantajear, ¿a poco ella fue santa?; tengo 28 años y muchas ganas de divertirme porque la vida se va.

 En el antro buscamos al barman llamado Jonatan: él nos hace rusos negros con buen vodka y nos sirve botanas extras. Bailamos en la rueda y Meche liga con dos holandeses bien perrones. Nos invitan varios *shots* de tequila. Mi amiga les sugiere una vuelta por Los Fuertes. Neta creo que me cayó la maldición de Amanda, porque justo menstrué y no traigo condones. Estos europeos apenas se quitan la ropa todo les apesta a *pasoco* (patas, sobaco y cola), y más en este verano con bochorno; a mí siempre me toca el más añejo, y con lo mareada que estoy a la mera y lo vomito. Mejor me voy a dormir. Dicen que la regla nos pone más cachondas, pero por hoy paso…*bye, bye, ¡Ciao!*

 Pido un taxi Equis: más económico y sin tarjetazos. Verifico el número, le tomo foto al chofer, la mando al ciber espacio y me duermo. Cuando veo, estoy enfrente de mi casa... (¡Ay güey!, el aire frío más me apendeja): a la luz del farol busco y no encuentro mi monedero ¿Serían los pinches güeros o me dio baje el Jhony? Lo último que recuerdo es haberle pagado a él. O a lo mejor se me cayó en el baño. También se fue mi llave.

 Con la lengua arrastrando y entre arqueadas le explicó al conductor la situación: se porta buena onda. Toco fuerte para que oiga mamá, y sale cómo fregadazo, nomás le digo al pasar: “Ya sabes…después hacemos cuentas”. Boto los tacones en el pasillo. Entre arqueadas escucho un arrancón de reversa: el conductor va despavorido. Vomito mares negros; en la taza quedan nadando las palomitas, las patitas de puerco (palabras de Mercedes cuando me asiste en similares trances: “¡Mastica mujer, mastica!”) y para finalizar ¡plop!, el anillo de la nariz al fondo…. Ni modo que meta la mano…jalo la palanca rogando a Dios que se vaya todo. Termino en el frío suelo, ¡que alivio!

Me enjuago en el lavabo, y voy a la cocina por un café bien fuerte. Pongo un disco de jazz. Recuerdo que en esta casa, herencia de mis abuelos, vi hace diez años cómo mi padre le asestó doce puñaladas a Amanda.

**Septiembre *septem***

***Septiembre: mes de la Patria. Parece que la tierra también se pone trémula de emoción y nos obsequia con terremotos como el del 19 de septiembre de 1985 a las 7:19 de la mañana: un sismo de 8.1 Richter en México. El fenómeno repite el mismo día en 2017 a las 13.40 horas. Su epicentro se localiza en Guerrero y Michoacán, pero los peores daños fueron en la Ciudad de México, Puebla y Tlaxcala. Y ahora***

**El Corona-Fly**

Nooo, pues ya valimos madres. Dos meses sin salir, eso nos ha costado el pinche antojo de ir a esquiar a Vail. Sesenta días de estar oyendo puras pendejadas: que sí lavarse las manos, usar gel, echarse cloro en la ropa y las patas (mis Nike ya están cómo la cara de Paulina Rubio), usar cubrebocas, no dar la mano, estornudo de etiqueta, sana distancia… ¡cómo se la jalan! Y luego ver en la tele todos los días cuantos van de muertos y contagiados, de las putizas que se llevan los médicos y las enfermeras, que si la economía se encoge…todo mundo dice: “Pero en La Vista tienen jardines ¿no?”. ¿Y qué? ¿A poco eso te quita de la tele al Gatolópez diciendo: “hay que aplanar la curva”? La única curva que se aplana es la barriga de la preñada cuando tiene el niño. Se me hace que nosotros también como bebés, nos vamos a echar nueve meses encerrados. Ay wey… y eso que la libré. En el vuelo de regreso de Colorado, resulta que casi todos se contagiaron, luego lo llamaron el Corona-fly.

Estuvo gacho lo de un matrimonio de doctores que iba a lado mío: los dos pescaron el bicho y estuvieron siete días en Terapia Intensiva, hasta que felparon. Antes habían ido al “Vive Latino”, y después a una boda familiar de 200 personas y todavía no se sabían enfermos. Contagiaron a un chingo de sus amistades y familias, y los más viejitos cayeron como moscas (lo único bueno de este puto virus es que te vas rápido, no como el tío Manuel que le dio cáncer de hígado y lleva dos años muriéndose). A la prima Lolis le fue peor: tenía fecha para casarse el sábado antes de semana santa y con todo gastado le clausuraron la boda. Ahí no fue el salón, ni el del banquete, ni los invitados quienes cancelaron, sino los meseros…. ¿Pues no dijeron que sólo le daba a los ricos?... zacatones todos. Para los primeros enfermos todavía había camas, y ahora todas las clínicas están a reventar.

A mí me pasó como gripa: me super dolió la cabeza, me dio fiebre, tos y andaba jodido de no querer hacer nada, pero fueron tres días. Y cuando se supo que había varios de ese vuelo internados en el Ángeles, y que uno murió de Covid, nos cayó el veinte. Mis papis me llevaron al laboratorio y tres días después dieron el resultado (¡positivo!); cuando veo al médico que me vino a revisar forrado como astronauta, me dije “¿Pues qué pedo, si ya estoy bien?”. La verdad he tenido gripas más fuertes, con puras aspirinas y tés me la llevé. No me hospitalizaron, pero me encerraron en mi cuarto quince días, me ponían la comida en la puerta y yo salía por ella. La gata era la única que entraba a mi cuarto para desinfectar todo con un spray, hasta mi celular.

Entre el doctor y mis papás -exagerados de veras- decidieron no dejarme salir hasta que salga negativo de la prueba tres veces, porque en China ha habido un rebrote (Ahora se la prolongaron diciendo que el virus pasa al semen), y que todavía no puedo fumar porque el bicho puede estar agazapado en mis pulmones, va a salir con el humo y los voy a contagiar, así que los carrujos disfrazados siguen durmiendo en mi cajón. Papá chinga y chinga conque en sus tiempos no había más que libros y tele, y que nosotros tenemos Internet, Netflix, Messenger, video llamadas y videojuegos, y que si no quiero aburrirme me ponga a hacer la tarea del curso *on line.* Ese es otro pedo, cuando ibas a la escuela echabas relajo y te salías de clase, decías que había trabajo en equipo y te ibas al antro: te apurabas para el examen y pasabas, pero ahora, diario tienes que entregar un putamadral de tareas porque con eso te califican. Están bien pendejos todos si creen que así vamos a aprender, lo hacen para seguir cobrando la colegiatura…pues nada que le hayan bajado a la mitad como propusieron algunos, o que no cobren las vacaciones, y… ¡ni tendremos vacaciones! Yo siempre iba con mis amigos a la casa de uno de ellos en Can-Cun o Vallarta, pero ahora…me desespera no poder tomar una chela, me saca de onda que no juguemos arrancones en la Alameda. Creo que hasta estoy loco porque extraño la sopa de Chonita que antes me emputaba, ¡pero después de 60 días encerrado comiendo pizza, Kentucky, hamburguesas, quiche y sushi…ngada madre! Y oír a mis papás discutiendo por lo mismo: el viejo dice que nos vayamos a vivir a otro país porque este ya se jodió y mamá le contesta: “En todos lados está la enfermedad y la recesión, hay que aguantar la cuarentena de Julián”… no tengo tachas, sino ya me hubiera malviajado.

Por eso me animé mucho lo que me propuso mi cuate Santiago: dice que su papi (buena onda y listo para el nego) vio las colísimas que hicieron en Coatzacoalcos por unas chelas, y luego, luego, consiguió un permiso especial (está bien palanca), “para transportar materia prima” (¡A huevo!), y trajo desde la fábrica de Tuxtepec una caravana de cinco trailers con cheves, y va a hacer el bisnes de su vida. Pero lo mejor es que el Santi, que es vivo como su jefe, le escamoteó treinta cartones y un barril de mezcal, y está organizando una fiesta “del Coronavirus” en Lomas. Dice que no solo invitó a chavos como yo, que ya la brincaron, sino a otros bien aventados, que están hasta la madre del encierro y que si les da el Covid, pues ya, o se curan o se mueren al fin que es rápido.

Dije que sí, pero voy a trabajarme a los viejos, porque si les digo la neta les pega el infarto. Diré que me voy a un retiro a la casita de Atlixco y podemos hablar por videollamadas cuando quieran (“perdí señal”).

Estoy contento de saber que mis cuates siguen igual de cabrones y les vale madres el mundo. Además, me aseguró que va a ir Romina: la chava está bien buena, y ya medio peda, presta.

Le voy a platicar de la película de Will Smith, la de “Soy leyenda” y luego la convenzo de que lo hagamos sin condón, porque le voy a pasar mi inmunidad: seré su vacuna.

 **Cómo vidrio esmerilado**

Eduardo se bañó y restregó cuidadosamente usando la ducha portátil para enjuagarse. El camillero estaba parado junto a él, listo para ayudarlo si trastabillaba, pero el joven aguantó. Con ocho semanas en Terapia intensiva, y cuatro más en Terapia intermedia, su cuerpo le pedía a gritos un relevo con los pies. Tras dos pruebas subsecuentes negativas, y una espirometría por fin lo daban de alta. Sentir el agua caliente, frotar el jabón sobre su minimizado cuerpo, inhalar y exhalar a voluntad sin un tubo metálico en la garganta el tan precioso oxígeno, era un regalo del cielo.

Fue el veterano de la sala. Alineados en cápsulas de plástico, inmóviles cual insectos en cajas de vidrio, clavados boca abajo con numerosos alfileres (los sueros, el aparato de intubación, la sonda para la orina); rodeados de lejanas siluetas enfundadas en albos trajes de astronautas, eran vigilados constantemente. Salían a las tomografías con un enfermero que gritaba en todo el trayecto: “¡Pasillo libre a Radiología!”. Unos llegaban y se iban en cinco, en cuatro, a veces en dos días: también la salida era voceada: “¡Pasillo libre a la Morgue!” Algunas veces pudo captar comentarios de ese grupo fantasmal alrededor de la pantalla: una femenina y clara: “Son imágenes típicas como vidrio esmerilado”, otras confusas y atropelladas: “ ¡40% de capacidad respiratoria!”, “¡La fiebre bajó la oxigenación a 70, prepararse para paro!”… Así transcurrían jornadas y jornadas.

Un día despertó boca arriba en una cama de Terapia intermedia y vio tras la careta de acetato, un rostro sonriente que le decía: “¡Benditos sean tus 18 años!”.

Cuando ingresó pesaba 75 kilos, ahora apenas 62: la ropa le colgaba por todos lados, pero el aspecto no importaba: en el día de su egreso no había quien fuese a recibirlo. La fecha indicaba: 15 de septiembre de 2021. En su condominio el rebrote del virus había empezado en junio, apenas 10 días después del desconfinamiento. El nuevo virus se había expandido a sus anchas a partir de una panadería que estaba situada en los locales inferiores. En vista de tan alta mortalidad, toda la manzana de su edificio fue acordonada. Las pinzas, las charolas, los contenedores y el horno del negocio, fueron requisados y enviados a fundiciones. Fumigaron la bodega donde se guardaban los insumos con una mezcla de jabón y cloro. Eduardo todavía vio llorar a la abuelita Caro por las arrobas de harina, azúcar y manteca desperdiciadas en tales tiempos de carestía: “Debe intentarse aprovecharlos -decía ella- la lumbre se llevará al bicho”.

Sin embargo, fue el bicho el que se la llevó a ella, al abuelo Martín, y a Sarita su hermana a la que Eduardo le llevaba siete años. Su madre los dejó a ambos con los abuelos, cuando la nena tenía dos y se fue a trabajar al otro lado. También el virus cargó con los vecinos del seis (el cabeza de familia y dos hijos que trabajaban la panadería), y en los cuatro restantes departamentos, murieron ocho personas: unas en el hospital y otras en su casa, a pesar de que los acuartelaron un mes completo. El lugar fue clausurado. Su único familiar, era un tío que estaba en Guadalajara, pero había un caos en las comunicaciones. La trabajadora social le dijo que lo pondrían temporalmente en un albergue cercano, mientras localizaban a su familiar.

El sistema de salud emergente que atendía a la población que sobrevivió a la pandemia (se calculaba el 50%), podían donar su plasma para hacer reservas de suero antiviral. La vacuna no había sido eficiente debido a la mutabilidad del virus, pero poco a poco, tal vez de tanto transmigrar países, continentes, mares y organismos humanos, había cedido en contagiosidad y letalidad. Ahora, un infectado tenía más probabilidades de curación con una combinación de medicamentos antiviral, antibiótico y plasma sanguíneo. Eduardo contaba con dos pruebas que atestiguaban que su plasma tenía anticuerpos para el CORS, DH1N1, COVID-19 y COVID 20: su sistema inmunológico había resistido el embate de la nueva cepa mutante. La trabajadora social, conmovida, sugirió:

* + Sabemos tu situación, el hospital te condonará la cuenta. Pero se agradecería que donaras plasma.
	+ Sí, ya me habían dicho, por eso no comí nada.

Lo sangraron, y luego ingirió un verdadero desayuno. Todavía le dolía un poco al tragar, pero tenía apetito: le dijeron que eso era muy bueno. Le entregaron una dirección y una carta: la crisis de energía había racionado mucho los celulares.

Salir de un confinamiento de cinco meses fue bastante rudo: las calles silenciosas, vacías de autos, transeúntes y vendedores ambulantes. Había camionetas azules custodiadas por patrullas repartiendo despensas. Se oían constantemente el ulular de sirenas de ambulancias y un olor acre, mezcla de humo e incienso hacía el ambiente áspero. Las iglesias permanecían cerradas, y la abundancia de perros y gatos vagabundos y famélicos le daban un aspecto descorazonador. Se cruzó con tres personas, quienes al ver su rostro demacrado y su andar lento se apartaron de él. Todos traían mascarillas y guantes, pero en sus ojos leyó temor y en el de un hombre cierta agresividad.

Dio la vuelta a la esquina para llegar al Paseo Bravo: las estatuas y fuentes vandalizadas, los jardines descuidados y las fuentes secas, prolongaban el aspecto desolado. Lo habían enviado a un edificio público habilitado como albergue: el antiguo fuerte de San Javier. Cerca de El Gallito se cruzó con una joven: su trenza color miel se balanceaba acompasando su paso enérgico y confiriéndole un halo dorado bajo la luz del sol. Su frente y su cutis de durazno sonrosado proclamaba que la sangre bullía abajo; sus ojos color canela estaban orlados de largas pestañas, iba con un uniforme del sector salud, y toda ella exhalaba vitalidad. Eduardo miró a la joven, arrobado, como un chiquillo que ve a un ángel. Al pasar junto a ella se acercó un poco y percibió un aroma como de jazmín; casi con pesar exhaló esa fragancia, para después inhalarla más hondamente.

La chica se detuvo junto a él: parecía sonreír bajo el cubrebocas. Él abrió los ojos sorprendido y ella le indicó con un ademán que se aproximara. La joven se quitó la mascarilla: tenía una verdadera sonrisa, que se transformó cuando irguió la barbilla, cerró los ojos y ovaló sus labios en un gesto de ofrenda oscular. Al ver titubear a Eduardo, ella tomó con ternura su rostro y le dio un largo, reptante, triunfal beso en la boca.

La joven se apartó, volvió a cubrirse y retomando su paso apresurado solo le hizo un alegre ademán de adiós, dejando a Eduardo con los latidos cardiacos tan acelerados, que hubiera hecho sonar la alarma en el Hospital COVID 2021.

**Octubre *Octo***

 *Cristóbal Colón llegó a América en el mes octavo, después de 70 días de viaje a lo que él supuso Las Indias Occidentales. Desde entonces alrededor de este Orbis Nuovo se han tejido increíbles historias. Pero el reto mayor ha sido –como apunta García Márquez- la insuficiencia de los recursos convencionales para hacer creíble nuestra realidad.*

**Basta para señalarnos el camino**

 Año de 1973. Mi esposo acababa de irse al Servicio social. Mi mejor amiga se había mudado a Chicago. Yo tenía un bebé y estaba empezando el segundo año de residencia de Gineco Obstetricia en el hospital civil -aún no me acostumbraba a llamarlo Universitario- cuando el asesinato del Dr. Luis Carlos Tello nuestro jefe de enseñanza conmocionó a toda la comunidad médica. Más aún cuando su muerte fue en su propia oficina situada a un lado de la Dirección, en horas de la mañana que son muy activas, y de un tiro en la frente. El Dr. era un joven y distinguido internista, que literalmente - parafraseando a un revolucionario francés- “Se necesitaron generaciones para producir un cerebro cómo ese y solo un instante para destruirlo”. Lo más impactante fue que el asesino fue un interno de pre grado, perteneciente a nuestro cuerpo de becarios.

 Por becarios se entendía al conjunto de internos (de pre y post grado) y residentes que dependíamos de una subvención del Estado, para subsistir mientras acreditábamos las especialidades troncales. Día tras día veíamos juntas de jefes de servicio y tratantes, tras las cuales maestros y doctores eméritos como el Dr. Ruiz Reyes, el Dr. Vázquez Navarro, el Dr. Rivera, el Dr. Ruiz Álvarez presentaban su renuncia como protesta ante homicidio tan artero. Las declaraciones de las autoridades no convencían a nadie. Quince días después del asesinato, todavía no se había capturado al criminal y muchos menos esclarecido los móviles.

 Nosotros no podíamos darnos el lujo de renunciar. Tuvimos que presenciar impotentes cómo después de caer la cabeza, el cuerpo de enseñanza se iba desmembrando poco a poco, y era inminente su derrumbe.

Cómo consecuencia, el puesto vacante que dejó el Dr. Tello fue ocupado por un doctor extranjero (boliviano, nos dijeron), hecho totalmente sorpresivo. Para mí que el doctor Salomón Ferreiro fue el único que aceptó tan comprometido lugar.

Yo conocía superficialmente al Dr. Ferreiro: durante mi rotatorio de post grado él había llegado a incorporarse al cuerpo médico, echando a andar la moderna unidad de Oncología. El Dr. en ese tiempo era un hombre de mediana estatura, de facciones agradables, robusto de cuerpo, con el pelo castaño claro rizado, que hablaba con musicalidad sudamericana. Lo más notorio en él era su habilidad quirúrgica, -me tocó instrumentarle varias veces- a pesar de faltarle la tercera falange del índice de la mano derecha, le adaptaban un guante especial. En lugar de limitarse por esa carencia el doctor actuaba en Quirófanos como ambidiestro, desempeñándose con una destreza similar al de los demás cirujanos y aún mayor. Poseía trato afable con particular inclinación por la docencia: cada cirugía con él era equivalente a una clase.

 Debió ser a principios de febrero cuando el Dr. Ferreiro en su nueva calidad de Jefe de Enseñanza citó a una junta a todos los becarios. Yo asistí con el Dr. Aquiles Gutiérrez residente de primero en Gíneco.

 El doctor Inició la reunión con un pequeño discurso en que habló de nuestra Mater la UAP….”Los becarios son el alma de un hospital, a base de ustedes funcionan los nosocomios en los tiempos más difíciles: bombardeos, hambrunas, epidemias, guerras nos obligan a estar al frente”…motivador. Luego nos confrontó uno por uno.

 Fui del 50% que eligieron quedarse, la otra mitad de internos y residentes confirmaron que se iban al Seguro Social, a sanatorios particulares. Al salir ya eran las dos de la tarde.

Fui a entregar la guardia junto con Aquiles y después nos fuimos caminando al jardín de Santiago a tomar nuestros transportes. En la esquina vimos un Volkswagen verde limón que todo mundo conocía como propiedad del Dr Alcocer (un radioterapeuta que llegó junto al Dr.Ferreyro para echar a andar la nueva unidad de Oncología), encargado de la modernísima bomba de cobalto. el Dr Alcocer cambiaba su llanta y Aquiles se aplicó a ayudarlo. Yo me quedé parada y observé que el Dr. Ferreiro permanecía dentro del vehículo cómo pensativo. Después de despachada la tarea nos invitaron a comer en un restorán de La Paz. Yo no me sentía muy cómoda: nosotros ganábamos mil doscientos pesos mensuales, pero Aquiles aceptó muy entusiasmado.

 Comimos en un restaurant de carnes. Aquiles y yo pedimos cosas muy modestas, pero los profesores ordenaron cortes suculentos acompañados de vinos chilenos y argentinos…a los postres el maestro Ferreiro me preguntó:

* Te vi indecisa cuando les pasé lista, ¿tenías otros planes?
* Pues sí maestro. Hice solicitud en el seguro social y me admitieron, pero no me revalidan este año y tendría que empezar de cero en marzo. Además es un compromiso a ciegas. Si me toca fuera de Puebla tendría que dejar a mi bebé con mi hermana de 15 años y una tía. Apenas me decidí hoy.

Todos quedaron silenciosos. Para aligerar el momento traje a colación a Mario Benedetti y comenté su poema del Ché.

El maestro Alcocer preguntó:

* ¿Un poema del Che de Benedetti?
* Sí, lo publicó La Voz en el aniversario de su muerte y lo recorté.
* ¿Te lo sabes?
* Sólo una parte….
* A ver dínoslo.

 Entonces me lancé a recitar: “Consternados, rabiosos”. Al llegar a la línea de “Dicen que incineraron toda tu vocación menos un dedo” y trastabillé, el maestro Ferreiro completó:

* “Basta para señalarnos el camino” …tengo su dedo.
* ¿Tiene usted a “A ras de sueño”? - ¡pero claro!- Bolivia y Uruguay son vecinos.
* No –contestó – tengo el dedo del Che.

Nos quedamos mudos. Él relató esta historia:

* Yo hice Cirugía aquí, en el Seguro Social de Puebla, y luego me fui al Instituto Nacional de Cancerología. Regresé a mi patria y me dieron la dirección de un hospital perdido en zonas boscosas. Por estar nuestro país en un régimen dictatorial, aquel puesto estaba al servicio de intereses políticos y yo fui nombrado automáticamente teniente**.** Un 10 de octubre de hace cinco años se aparecieron en mi oficinita tres militares con metralletas embrazadas, rostro sombrío y con voz imperativa uno de ellos me ordenó.
* Traemos un cadáver para que le haga la autopsia.

Inmediatamente me puse a la defensiva.

* Aquí no tenemos patólogo, deben llevarlo al hospital de concentración de La Paz.
* Dr. –dijo el que mandaba el trío- sólo necesitamos que certifique su muerte y lo embalsame. Era un enemigo político. Y es asunto de máx**i**mo secreto.
* ¡Pero yo no soy médico forense!

El otro se acercó amenazante.

* ¡Es una orden superior! – y me apuntó con su arma.
* Está bien, ¿dónde lo tienen?
* En una camioneta del ejército. ¿Dónde lo llevamos?

Dudé un momento y luego decidí.

* Al patio posterior. Hay una mesa de piedra como asoleadero. Ahí pueden colocarlo.

 Cuando descubrieron el cadáver estaba cubierto de sangre, con barba de varios días y ropa de paisano. Tratando de parecer distante opiné:

* Una autopsia es para determinar la causa de muerte. Con la cantidad de sangre vertida es fácil concluir que murió de hemorragia por siete impactos de balas.
* Bueno, queremos algo para identificarlo posteriormente y luego lo embalsama. De muy arriba necesitan estar seguros.
* Bastará que le tomemos las huellas digitales. Son únicas e irrepetibles.
* ¡No! -dijo el oficial y dudó un momento- ampútele un dedo.

 Mientras todos me observaban en silencio lavé el cuerpo, canulé la femoral y la carótida y lavé internamente con suero fisiológico, procedí a la exanguinación; preparé el formol, le amputé la yema del anular derecho junto con la falangeta, y lo deposité en un frasco de formol. Estaba diluyendo el formol cuando a poco rato regresó el oficial y me dijo.

* Tengo órdenes del Comandante que le ampute las dos manos

En medio de mi faena me detuve horrorizado.

* ¡No puedo hacer eso! –cuando el otro me miró fieramente, intercalé- no es cuestión de rebanarlas de un tajo como leña, necesito instrumental y otro ayudante.
* Que le traigan lo que requiera y yo lo ayudaré.

 Más bien lo hizo él bajo mi supervisión. El oficial en persona fue a traer un recipiente grande para poner aquellas manos. En su ausencia aproveché a ponerme un torniquete en el dedo, me apliqué un botón de anestesia y me cercené la punta del dedo anular, la cual sustituí por el que estaba en el frasquito pequeño de formol. Volví a ponerme los guantes quirúrgicos y cuando llegaron con el vitriolero, el oficial me encontró en el vendaje de los muños y pleno llanto. Dijo satisfecho:

* ¡Vamos doctor!, le permitiré quedarse con su camisa.

 Mientras trasladaban el cadáver amortajado regresé a mi oficina. Firmé los papeles oficiales de la autopsia. Regresé y aquí estoy.

Tras varios segundos de silencio dije:

* Y usted… ¿reconoció al Che?
* Claro que sí, fue mi ídolo desde la adolescencia.

 Me señaló con su dedo amputado.

- ¿Sabes una cosa muchacha?, la única patria del médico es la ciencia, su único compromiso la Medicina. Nada tiene que ver religión, ética, ni política. Si tú eres leal a ese compromiso no importa donde lo ejerzas.

* Maestro: ¡yo quiero contarle esa historia a mi hijo!
* ¿Cuántos años tiene tu hijo?
* Dos.
* Pues bien, se la contarás cuando tenga 30.

Volví a empezar en el Seguro Social. Me tocó en Puebla. Cumplí mi promesa.

 **Menopausia masculina**

* Buenos días Sra. Soy el Dr. Hernández, entiendo que la envían por menopausia. ¿Quiere platicarme su problema?
* Buenos días Dr., pues sí. Perdone que silbe como culebra pero me faltan dos dientes. Hace un año empecé a desarreglarme: mi mes me venía a poquitos, a veces me saltaba uno; andaba siempre cansada, triste o amuinada.
* ¿Por qué no buscó ayuda entonces?
* Por pena, por no encuerarme, falta de costumbre. Solo fui a un hospital para tener a mis hijos. Aquí donde me ve flaca y chipuja nunca fui enfermiza. Y con mis males, todos me decían: “es normal, tus hijos se fueron a estudiar, tienes el mal de la gallina a la que le volaron sus pollitos”. Luego, empecé con dolor de cabeza, noches sin dormir, palpitaciones, olvidaba donde ponía los anteojos, todo.
* Y tampoco vino.
* No porque me decían: “Estás en la menopausia, si vas con un Dr. te va a dar hormonas y es peligroso, mejor borda, teje, lee la biblia”, pero no sé estar quieta.
* ¿Cuánto tiempo tiene con malestares diarios?
* ¿Del diario?, como seis meses. Yo le pregunté a mi suegra: “¿Usted sentía todo esto?” y me dijo: “No mi hijita, un día dejé de reglar y cómo si nada. Estas mujeres de hoy todo les duele. Yo tuve nueve hijos y tú nomás dos…”
* Dígame que otros síntomas presentó.
* Me sentía sola aunque el cuarto estuviera lleno de gente, todos me caían mal. Y no podía dormir, dando mil vueltas en la cama. Mi marido chambea en una fábrica, y con los dos chamacos estudiando fueras, Tacho se metió a dobletear. Total que nos veíamos poco. Una noche esperándolo me puse a barrer la banqueta, y me seguí con toda la cuadra. Desde la esquina veo al Tacho en su chompa talla 40 que me grita con su vozarrón: “Ándale vieja, ¡cómo que eres bruja y aterrizaste mal!, andas barriendo pa´ disimular”: eran las once de la noche, y todos los vecinos oyeron! Luego siguió burlándose de mí: no entiende que a veces cae gordo. Se acostó en la hamaca y ahí está meciéndose y riéndose: “Te voy a poner una señal en el patio pa´ que la veas del aire, juar, ¡juar!”, del coraje que voy al templete de atrás, donde tiene sus tiliches -porque los fines de semana arregla bicicletas- saco unas tijerotas y que le corto la reata de la hamaca. Se dio un buen sentón, yo temblaba de muina y él nomás masculló: “No hay chaparra que no sea brava” y se fue a dormir. Para calmarme limpié los muebles, los cubiertos, ordené las fotos de mis hijos. Clareaba cuando me fui a acostar; llevaba más de 24 horas despierta y ni así pude dormir: me tapaba, me acaloraba y sudaba; me destapaba y me daba frío; en una destapada que le veo los pies a Tacho: tenía las uñas muy largas, entonces tomé un alicate y se las corté, pero en eso despertó, se jaló y que le sale un puntito de sangre, yo creo que un mosquito le hubiera sacado más. Quien lo viera, tan grandote y tan chillón: “¿Estás loca mujer?, no voy a poder caminar, no me van a entrar las botas de la chamba”…lo bueno es que estaba tan cansado que se volvió a dormir, sino, desde ahí hubiera perdido los dientes.
* ¿Le había pegado antes?
* No, aunque la vez que quemé el dinero, casi.
* ¿Quemó el dinero?
* Ah sí, recién idos mis hijos, él me da todo el dinero para que lo maneje y lo pongo en sobres: uno para los chamacos, para la luz, para el gas, para la comida, y agarro nomás eso. Para no dar tentación lo escondí en el horno, y se me olvidó. Un día hice espagueti y lo metí a hornear…lo peor es que Tacho estaba en la casa y cuando vio el dinero chamuscado me agarró de los pelos, pero no pasó del pescozón…
* ¿También tuvieron problemas para las relaciones sexuales?
* No, pos sí … ¡aaay me da pena contarle!
* Es parte importante del diagnóstico.
* Pues desde mis malestares yo no tenía ganas de estar con él, me lastimaba, ya ve que toda la piel se enjuta y también de por ahí, y le ponía pretextos: “Me duele la cabeza, estoy cansada, primero báñate o de a perdido lávate”, hasta que me dijo: “¿También me vas a pedir la hojita rosa del seguro?”. Ya andábamos mal y ni modo de negarme más. Esa vez no pudo terminar y se quedó enojado. Yo le dije que no se contrariara, que si yo me fuera a molestar porque no acababa, pues andaría furiosa. Y preguntó: “Como cuantas veces te pasa eso de que no terminas?”, y le dije la verdad: “Pues mejor pregúntame cuando sí: fue hace un año”, en lugar de agradecerme no me habló en una semana.
* Volvamos al asunto: ¿Cuándo perdió los dientes?
* Hace cuatro días…
* ¿Su esposo estaba ebrio?
* No que va, él no toma. Estaba muino…le voy a contar: en la tarde me puse a regar el jardín, y bueno, de repente que veo mi casita: “¿Pero ¿qué hago aquí? –me dije- mis hijos sufriendo fueras porque les laven su ropa, les hagan de comer, pagando re caro y además les roban, no, no! Yo me voy a seguirlos, total, Tacho nomás viene a dormir, y acá está mi suegra que lo puede atender”. Agarré una lámina de esas de hornear pan, que le martilleo un clavo con un palo, saqué pintura de sus tiliches y puse un letrero: SE VENDE ESTA CASA, me quedó mejor, que si lo hubiera hecho Chente que pinta casas. Mi compadre Adalberto que anduvo del otro lado, regresó y puso una coctelería en el mercado, y le encomendó su anuncio: BETO´S CAMARONES y él le puso “EL CAMARÓN DE BETO” …
* Por favor, concentrémonos en su caso
* Ajá…¿Qué le decía?, pues sí puse el cartel. A las cinco de la tarde aparece un señor y pregunta: “Oiga seño: ¿cuánto quiere por la casa?”, yo sin saber cuánto pedir, digo: “Pues usted ofrezca”; “Primero tengo que verla, ¿puedo?”; “Sí, pásele” …le enseño el jardín, la cisterna, la bomba, los dos pisos. Íbamos saliendo de la recámara cuando llega mi marido con ojos de toro loco. “¿Qué hace este hombre aquí?”, el señor contesta: “Estoy viendo la casa pa´saber cuanto ofrecer”, “¡¿Queeeé dice?”, “Pues ahí afuera está el anuncio. Por fin: ¿usted es el dueño o la Sra.?” Yo, toda chiveada. Mi marido ve el cartel y se queda como ido (así de bonito me quedó); “¡Esta casa no se vende!” le gritó; el santo señor entendió porque se fue sin decir pío. Tacho baja cojeando y se va derecho al anuncio mientras rezonga: “Por tu culpa perdí los turnos de hoy, me mandaron al médico y me sacaron la uña”. Yo con tantos trabajos planté el palo en el patio, y el desconsiderado que lo saca de un jalón. Le grité: “¡Ya espantaste al cliente, tú ni estás en la casa!” – que se me deja venir- “¡No me vayas a pegar porque hablo a la comandancia!”, creí que me iba a dar con el cartelón. Me cacheteó con tanto coraje que me dejó viendo estrellitas, total: me tumbó dos dientes y me rompió la nariz. Los vecinos reportaron el pleito. La julia llegó y que encaraman a Tacho a jalones y lo entamban. Yo andaba buscando mis dientes –dicen que recién caídos se los puede uno volver a poner- por eso…
* …decidió venir a consultarme.
* No. Me tomaron declaración en el Ministerio Público y con el abogado de oficio dizque me iba a aconsejar para eso de la violencia intrafamiliar. Les conté todo y dije la verdad: que Tacho no es malo, que está pasando por la menopausia de los hombres, y que si podían aceptar las escrituras de la casa para sacarlo y llevarlo a consulta, ¡Uy! los dos que me contestan: “Sra.: no se puede vender sin la firma del cónyuge, y la que necesita atención médica es usted”, y me mandaron a trabajo social para que me dieran esta cita. Bueno, ya dije todo, ¿ahora me encuero?
* No Sra., yo no soy ginecólogo.
* Entonces es dentista.
* Ni uno, ni otro, soy Psiquiatra.
* Ah, que feo nos hacen perder el tiempo. Bueno, oiga… ¿no le interesa una casa?
* No señora, y usted no puede vender nada sin que le firme su esposo. Le voy a dar unos tranquilizantes para que pueda dormir.

 **Noviembre *novem***

*Mes noveno. Los romanos acostumbraban grandes exequias funerarias para honrar a sus seres queridos. Les llevaban ofrendas en forma de flores, alimentos o regalos a unos nichos llamados Columbarios donde depositaban sus restos, y les ponían inscripciones como: Hic Situs Est (Aquí yace), o Sit Tibi Terra Leves (Que la tierra te sea leve).*

**Puente de tirantes**

Llegar a cierta edad conlleva sus bemoles. Sin tener vicios, comer sano y llevar una vida física y mentalmente activa, cumple uno 60 y ¡“Oh my God!”: va uno en la calle y ve reflejada en el cristal del aparador a la tía Toña con su paso lento, sus sempiternos lentes, su cabellera veteada, “¿Qué andará haciendo sola?, que no me vea, que no me vea porque ahorita empieza con su interrogatorio jodón” …al huir en sentido contrario la figura hace la misma maniobra. Entonces nos damos cuenta de que la profecía se cumplió: nos hemos convertido en lo que más criticamos de jóvenes.

Uno ya había empezado a notar la disminución en la agudeza de los sentidos: el cuerpo va a la zaga de la mente, los viajes se sustituyen por libros, y en cuanto a convivencias manducatorias, prefiere uno su casa para no arriesgarse a perder un diente al ver que las viandas son chicharrón, tostadas, totopos, molletes y buñuelos.

Hace diez años, cuando llegué a Puebla, ya andaba por el sexto piso, y el enésimo repello de los dientes. De muelas ni hablar: las perdí una a una con los embarazos (omito detalles). Consulté a un odontólogo y él me refirió con un especialista en máxilo-facial, que me ofreció una solución muy simple: implantes dentales.

Esa fue la buena noticia, ¿la mala? Debido a mi edad, constitución, alimentación etc, etc, tenían que injertarme hueso en la mandíbula para que agarrara bien: “ Ok, liofilizado supongo”; “No, tiene que ser su propio hueso; se hace en un  primer tiempo y al mes, que comprobemos que pegó, se le ponen los implantes”….”Bien, entiendo: una cirugía ambulatoria”; “No, será en Quirófanos, bajo anestesia general y tiene que quedarse un día o dos hasta que comprobemos que puede caminar bien”…”¿¡Porqué!?”; “Porque el hueso que le vamos a tomar es de la cadera y puede quedar una lesión…” desconecté el audio. ¡Abur!: Prefiero vivir chimuela que coja. Retorné con el primero para que me hiciera una prótesis.

Bueno, la usé y varios años funcionó. Pienso que las abrazaderas de metal corroyeron el esmalte de los dientes vecinos y total que se derrumbaron juntos. En medio de la pandemia, fui a dar de nuevo con el especialista para preguntarle si había otra opción.

* + ¡Sí! -dijo muy entusiasta- se han hecho progresos notables en la tecnología, ya no necesitamos injertarle nada, se hace una barra total (aquí unos detalles de ingeniería mecánica muy técnicos de lo que solo recuerdo la mención “Como los puentes de tirantes”) en el maxilar inferior y se colocan unas bases de titanio; la anestesia es con sedación y al término se va usted a su casa el mismo día. Si evoluciona bien, en dos semanas se le atornillarán unos dientes definitivos que ya serán suyos, suyos.

Claro que para ese milagro se realizara, algunos miles de pesos -míos, míos- pasarían a ser “suyos, suyos”. No me entusiasmó, pero para una persona que ama comer *crunchies*, dar pláticas literarias, conversar, carcajearse y leer en voz alta en los Encuentros literarios, no había otra salida. Que todo fuera por tener una “mejor calidad de vida”.

Tras toda la parafernalia previa, ahí estoy en el sillón, mientras me lavan cara y boca con antiséptico y escucho los preparativos. El anestesiólogo se identifica (es un decir porque va con careta, cubrebocas del medioevo, bata larga y guantes de castrador de colmenas: no en balde estamos en un rebrote de la pandemia). Me canaliza para sumergirme en un evanescente sueño, mientras me colocan un separador bucal que, literalmente (yo lo oí) recibía el heterodoxo nombre de “boca de zaguán”.

De vez en cuando vuelvo en mí por bruscos tirones o el ruido de unos motores como de taller de herrería. Tras dos horas ya me pesa la posición, y a señas les indico mi incomodidad: “¡Ah! Es que se le dislocó la mandíbula” y el ayudante con un movimiento enérgico me la vuelve a encajar, “¡Trac!” suena como taponazo. La sutura de todo el piso bucal inferior dura otra media hora. Terminan y oigo que se congratulan unos a otros por: “Un trabajo tan bueno en una paciente tan añosa” y me dan palmaditas como al cachorrito que se portó bien: ok, ok.

Me pasan a recuperación. La alba paloma llamada Amelia, enfermera a cargo, me devuelve mi celular “Por si quiere avisarle a alguien” En ese momento entra una llamada de un amigo poeta y yo contesto con lengua de trapo:

* + ¿Eres Carlos?: estoy bien.
	+ Yo no te oigo bien, ¿estás celebrando algo?
	+ Es que me acaban de operar de la cabeza…
	+ ¿De quéeee? ¿Tuviste un accidente?
	+ Nooo  - todavía no fluían rápido las palabras ni las ideas- de la boca, luego te cuento.
	+ ¿Pero cómo? Te oigo mal, a ver repíteme donde nos conocimos.
	+ Mejor te digo un poema, ¿quieres? (para eso no necesito pensar).
	+ Venga.

Me lanzo con “La cabeza del rabí” de Rubén Darío. La nurse -que anda en iguales menesteres- llega apresurada cuando escucha la línea de “las perlas de Basora, los chales de Lahor, y llamaron al médico de Bagdad”…

Mi amigo insiste:

* + ¿Por qué callas? … ¿Segura que estás bien?, a ver: mándame una selfi para que te vea.
	+ Ay te vas a asustar, además yo no sé manejar eso … bueno pues, le voy a decir a la chica que me la tome.

Amelia se desconcierta.

* + ¿Para qué quiere una foto?
	+ Me la pidió mi amigo.
	+ ¿Para demandar al doctor?
	+ ¿Pues qué me veo tan jodida?

Por toda respuesta la señorita llama al médico de urgencias y llega un joven delgadito, con piyama quirúrgica y cubrebocas. Oigo el relato:

* + Primero dijo puras incoherencias y luego llamó a un médico….
	+ No fue así, él me llamó…
	+ A ver -dice el jovenzuelo- dígame a mí que pasa…
	+ Le contesté a un amigo que me habló y como ejercicio de memoria le estaba diciendo un poema de hace cien años, y bueno…cómo ustedes los jóvenes ya no oyen más que “Órale wey” y “No manches” le parecieron incoherencias…
	+ Pero doctor, ella quería que yo le tomara una foto para mandársela…
	+ Yo no, él me la pidió porque me oye rara, pero le dije que lo voy a asustar…

Por el celular se oye la voz de Carlos:

* + A mí ya no me asusta nada.

En ese momento el presunto doctor toma la bocina.

* + No se preocupe señor, la señora está perfecta. Sólo le pusieron un puente para su dentadura y está bajo efectos residuales de anestesia.

Carlos se tranquilizó, dio las gracias y colgó.

* + Y usted: ¿cómo sabe que estoy perfecta, ni siquiera me ha revisado?
	+ Yo soy su anestesiólogo.
	+ ¿Y por qué me creyó a mí y no a la señorita con lo de la demanda?
	+ Porque usted ahorita, tiene un suero con escopolamina y fentanilo. Esa mezcla usaban los nazis con los espías cuando fracasaba la tortura….
	+ ¿El “suero de la verdad”?
	+ Ese mismo: todavía está goteando.

Hice una reflexión y luego pregunté:

* + A mí no me advirtieron eso. Yo soy escritora, ¿ya no voy a poder ficcionar?
	+ Claro que sí, su efecto solo dura 24 horas. Después puede volver a escribir todas las fábulas que quiera.
	+ ¿Saben qué? -dije medio encabritada- ustedes los jóvenes me caen mal por sabelotodo.

El doctor se rio. A la media hora me despachó a mi casa.

Llegué y tomé un espejo. ¡Qué bueno que Carlos no me vio así!, capaz que abandona para siempre la poesía. Me parezco a Donatella Versace. Se me escurre la baba y mi bemba no le guarda envidia a las botóxicas. Si subiera una foto a redes sociales, FB la vetaría por “contenido gráfico violento”.

Luego que se me pasó la anestesia, me dolió hasta el alma. No podía masticar, ni bostezar, ni hablar bien. Ni siquiera pude reír por la ironía de las recomendaciones post quirúrgicas en la receta: “No coma cosas irritantes, ni ácidas, ni duras”… gracias por el consejo: es cómo decirle a un calvo que no se peine.

Cancelé videollamadas, y cuando se comunicaba alguien de la familia para saber “cómo iba”, ante mis quejas con voz siseante, me recomendaban el uso de marihuana por “Sus maravillosos efectos antiálgicos”. Si de joven le tuve miedo porque leí que provocaba lagunas de memoria, a estas alturas podía ser que la asociación de dos drogas (la legal y la del mercado negro), me privaran de mentir para siempre.

Alimenté mis soledades con caldos, licuados y papillas para niños. Usé cubrebocas en casa. Quince días hice yoga, estudié filosofías orientales y construí un silogismo: “No comer para después poder comer”.

En fin, terminó el ingeniero y pasó a la palestra el decorador de interiores. En la semana siguiente, mi primer odontólogo se dedicó a contornear las perlas del tesoro.

Y sí: son fabulosas. Las estrené comiendo tostadas de pata.

Lo único que espero es que al maravilloso puente no se le aflojen los tirantes porque entonces … ¡los demando a todos!

*Adenddum.-* Sí, el efecto fue transitorio.

**Diciembre *December***

 *Mes décimo (decem: diez). Calígula instituyó las* saturnalias*: fiestas que se iniciaban el día 17 con un gran banquete (*lectiesternium) *con profusión de velas y antorchas. Se prolongaba hasta el 25, con la entrada del sol (Helios Invictus) en el signo de Capricornio. En esta época era frecuente manumitir a los esclavos e intercambiar regalos de estatuillas antropomorfas.*

**El dilema de Hércules**

Yo, Hércules, hijo de Alcmena y Zeus, de quien las leyendas dicen que fui el héroe más fuerte y valiente de la tierra, soy inmortal ahora, en virtud de mi genealogía y las portentosas hazañas que desempeñé en la vida terrenal.

Sin embargo, mi vida no fue fácil. Desde el nacimiento, la legítima esposa de mi padre, Hera, estuvo celosa de mí, porque ya se profetizaba que sería el primero en fuerza y valentía de todos los hombres de la tierra. Pero las enormes serpientes que envió para exterminarme fueron estranguladas por mis manos de recién nacido.

Al morir mi madre Alcmena, Zeus ordenó a Hera que me amamantara, y ella tuvo que doblegarse ante el rey del Olimpo y creador del rayo. Aún a esa tierna edad, la fuerza de mi succión lastimó a la nodriza y Hera me retiró bruscamente de su pecho. El chorro de leche divina manó con tal ímpetu, que se desparramó en el cielo formando la Vía Láctea.

Mi poderosa madrastra fue siempre mi enemiga. Me persiguió, puso grandes obstáculos en mi camino, e hizo alianzas con mis enemigos. Pero mis fuerzas naturales y la protección de mi padre me hicieron triunfar sobre empresas imposibles para cualquier mortal. Así lo atestiguan mis hazañas. Tal valor y poder se volvieron legendarios, de modo que reyes y plebeyos, propios y extraños, hombres y mujeres se disputaban mi presencia para agasajarme …sobre todo las mujeres. Muchas fueron las que comprobaron mi inagotable vigor en las contiendas íntimas.

Aunque desposé legítimamente a Megara, quien me dio 3 hijos; aunque por Onfale la argólida vestí ropa mujeril, desempeñé labores domésticas y doblegué mi cerviz para formar parte de su cortejo puesto que era una princesa vestal; aunque amé tiernamente a la bellísima Deyanira, dulce y tan inocente que por ella perdí la vida, pues el centauro Neso le dijo en agonía que me hiciera una túnica con su piel con la que me volvería invulnerable. Dicha piel estaba envenenada y provocó mi muerte entre tormentos indecibles. Sin embargo, yo, Hércules, hoy inmortal y deidad, padecí la pena de un amor imposible.

Por méritos y linaje, los dioses del Olimpo me concedieron ser su igual.

Ahora celebran un banquete de bienvenida en mi honor. Baco y Ceres se apresuraron a proveer los vinos y manjares más selectos para el ágape celestial.

Cómo invitado de honor, estoy situado a la diestra de mi padre y a un lado de mi esposa Hebe; diosa de la eterna juventud y cuya singular hermosura le ha valido ser la encargada oficial de escanciar las copas de los dioses. Atenta a sus tareas va de una a otra mesa con una crátera de plata llena de vino. Yo disfruto el placer de ver danzar a Terpsícore, al son de las notas de la flautista Euterpe, y la voz cadenciosa de Calíope, quien pronuncia poemas que narran mis doce trabajos en la tierra.

Más la diosa de la poesía épica no puede narrar lo inenarrable.

Conservo la memoria desde el día de mi nacimiento, y especialmente aquel en que recibí el néctar que alentó mi fuerza y la imagen que pobló mis sueños: Hera portaba el cinturón de Afrodita, abrió su túnica y me ofreció el seno izquierdo: recostado en su pecho escuché el sonido retumbante de su corazón, mientras contemplaba ese hemisferio níveo, palpitante, al que las venas tejían en su superficie una red lapislázuli, alrededor de un botón de rosa, que tomé primero con delicadeza. Más el delicioso néctar que manaba de él y su olor a ambrosía, me trastornó. Fue su belleza más que mi hambre, lo que me impelió a succionar con violencia, y Hera me despegó con brusquedad: de no tratarse de una diosa, no habría podido desprenderse de mis voraces labios y codiciosas manos. A veces, en medio de una contienda amorosa o guerrera, esa imagen súbita hacía flaquear mis piernas.

El padre de los dioses se levanta y brinda por mí. Mientras manifiesta lo feliz que está de que su hijo conviva con él en el Olimpo, Hera, copa en mano, se inclina hacia mí, para hacerse oír sobre la barahúnda reinante:

* ¿Sabes la historia de esta copa? Tu padre Zeus ordenó a Hefesto que la forjara con oro y alabastro tomando como molde mi seno izquierdo. Dijo que de todas las mujeres de la Tierra y todas las diosas y semidiosas que ha poseído, ninguna de ellas alcanzaba la perfección de mis pechos, Y tuvo muchas para comparar: tu madre, por ejemplo.

Siento subir la sangre a mi rostro. Ella continúa con apariencia distraída.

* No la culpé. Tu padre se disfrazó de su legítimo esposo para poseerla. Yo te perseguí, no porque fueras el hijo favorito de Zeus, sino porque la vez que te amamanté, percibí tu fuerza soberana. Y sentí celos por las que gozarían de tal fuerza.

Me insta a que beba de su propia copa. Mi padre aprueba con una sonrisa benévola. Me susurra:

* Te invito a que le paguemos con la misma moneda.

 **Promesa cumplida**

 Bernabé llega a la iglesia de Juquila el 8 de diciembre. Hay mares de gente, pero él se quedará solamente un día, alojado con un primo. Se encamina directo a la iglesia, y va prometiéndole a la Virgen abandonar su vida licenciosa, los amores clandestinos y mantenerse casto durante un año, si ella aleja de su persona todos los peligros. Además le pondrá en su manto un corazón de oro.

* De oro de 14, ¿eh?

En la escalinata del atrio se cruza con un originario de su pueblo, distante 50 kilómetros. Se apartan de la muchedumbre para saludarse.

* ¡Qui´hubo Berna!
* ¡Qué tal Mateo!, ¿qué haces aquí?
* Pos me vine en bicicleta, a darle gracias a la virgen por un milagro concedido.
* ¿Desde San Miguel?, pos ¿Cuál fue el milagro tú?
* Ya ves que la Lupe y yo llevábamos seis años juntos sin tener hijos. Endenantes ella dio a luz un chilpayate bien gordito. Mi suegra Remedios me dijo que se lo habían pedido a la virgen de Juquila con mucha fe y me mandó a cumplir su manda.
* ¿Y ella no vino?
* Está con la Lupe y el escuinlce, tiene diez días de nacido. Pero dijo que había que cumplir en su fiesta, porque si no la virgencita no nos haría caso en otra necesidad.
* Ta´bien. ¿Y por qué tan seguros del milagro?
* Pos porque el niño es muy prietito, prietito, tirándole a negro, como la virgen.
* ¡Oh, pos que güeno Mateo!, antóns si´cierto que es milagrosa.
* Y mira paisa: entre este hormiguero y encontrarnos. Taría bien que bautizáramos al chamaco.
* Si la Lupe y su mamá dicen que sí, le ponemos Jorge al niño.
* ¡No!, Mateo.
* Es un decir, paisa.
* Pos lo arreglamos al regreso Berna: tengo un marranito engordando por ahí. Y no le hagas caso a la suegra cuando te dice negro. A la hora buena es tropa y marcha.
* Sí compa. Saludes a tu mujer y a doña Reme.

 Se despiden. Bernabé va directo a adquirir un corazón dorado, que cuelga con un moño rojo del manto de la virgen.

 **Alcanzar el Sol**

 Por fin, tras una larga espera, me comunicó que había conseguido el tan anhelado permiso por el día 20 (mi cumpleaños), y que planeara un itinerario para aprovecharlo, pues sólo estaría hasta la puesta del sol. Procedí a estudiar mapas turísticos y tracé cuidadosamente una ruta perfecta. Para nada le mencioné que ese día se pronosticaba lluvia.

 Apareció más temprano de lo planeado, pero yo tenía todo preparado. La mesa del desayuno lucía manteles individuales de yute en azul rey, refulgiendo sobre ellos el jugo de naranja y zanahoria; los huevos rancheros con la yema crudita; pan crujiente, pero no tostado; café de Coatepec cargado de azúcar y crema. Ella agradeció todo con una sonrisa, aunque apenas probó un poco de cada cosa. Yo dije:

* Tienes que cargar pilas porque nos espera un día agitado.
* Está bien, vengo llena de energía. Salgamos ya para aprovechar el sol.

Traía puesto una especie de palazzo de lino color crudo, apropiado para nuestra excursión, yo me apresuré a echar un chal en mi mochila y tomamos un taxi al museo barroco. Ella se mostró encantada y luego- en la sección de “Angeles, arcángeles, serafines y querubines”- un niño de cinco años la señaló diciendo:

* ¡Mira mami, igualita a la pintura!

La joven desconcertada, se llevó jalando al crío, mientras mascullaba:

* Ya te he dicho que no debes soltarte de mi mano.
* Luego tomamos el Ruta y retornamos a la Hermanos Serdán donde alquilé una bicicleta para recorrer la ciclovía. En el trayecto nos cruzamos con varias familias que pedaleaban enérgicamente, corredores y hasta un abuelo paseando con su nieto.

 Nosotras fuimos a nuestro ritmo: muy despacio; tramos a pie, tramos en que yo pedaleaba con ella en la canastilla trasera (¡liviana como una niña!), saboreando nuestra mutua compañía. Ella me platicaba lo moderna que se veía la Angelópolis y señalaba las imponentes casas de algunos propietarios de las agencias que bordean la avenida hermanos Serdán; le admiraban los edificios, los negocios, el tráfico y los árboles.

* ¡Qué grande es esta ciudad!

Bajamos en la salida de los grandes monumentos a escala, ahí se tomó un helado de guanábana y gozó comentando todo en el trayecto.

* Si te quedaras, te llevaría a recorrer el mundo.

No contestó.

Dejé la bicicleta en el estacionamiento de La Constancia: recorrimos los museos de música, de historia… en el de títeres quise comprarle un Pinocho pero lo rechazó muy seria:

* Sabes que no puedo llevar nada.

El día se nos pasó volando. Cuando el sol empezó a declinar le propuse:

* ¿Damos una vuelta en la estrella?, el ocaso entre los volcanes es precioso.

Negó con la cabeza.

* No, no puedo quedarme, ¿sabes?, tengo que regresar antes que oscurezca.

De nuevo al estacionamiento. Íbamos subiendo el empinado paso peatonal –yo cuidando que la bicicleta no se me zafara- cuando me detuvo.

* Estás sudando. Éste es el lugar ideal para despedirnos.
* ¡No!... – me desabroché el casco protector y me sequé el rostro- no mamá, no te irás de nuevo sin que me expliques: ¿Por qué no me llevaste contigo?, ¿Por qué él nos separó?
* No digas eso, me permitió visitarte hoy.
* ¡Pero por favor!, ¿quince años y solo puedo verte unas horas?, ¡injusto!
* Las cosas tenían que ser así para que tú te transformaras en la persona que eres. Estamos muy orgullosos de ti. Tu padre nos concedió hoy un día perfecto: cómo Él, todo Amor y Armonía. Adiós hija, te seguiré visitando en sueños.

Sobre la cúpula de la iglesia de San Juan un relámpago trazó un paso de baile; ella desplegó sus alas y voló al mismo tiempo que el trueno aplaudía. Los conductores que pasaban por el carril lateral, disminuían su velocidad ante la fina lluvia, mirando de reojo a un ciclista empapado que tendía los brazos al cielo: el último rastro de sol había desaparecido.

 F I N

* Cuento de Navidad con Corona virus

Mi mami es muy bonita y buena.

Ella se enferma de corona virus y teme contagiar a la abuelita, que está vieja y enferma y ciega. Entonces se organizan de tal modo que la niña respire con una escafandra y un tanque de oxigeno para no contagiarla. El Dr. Les ha dicho q prox será la última navidad que pase con ellas. Las dos hermanas y la mamá y una amiga deciden hacer una cena donde conviva alegremente y al mismo tiempo la protejan.